



HARLEQUIN™



HIJO
Secreto
HOMBRE DE HONOR



JUDY
CHRISTENBERRY

Hombre de honor

Judy Christensenberry

Sinopsis

Debía convencerla de que podía ser un buen padre... y esposo.

Con sólo ver al muchacho, Nick Logan supo que el hijo de Abby era también hijo suyo... y automáticamente deseó tener oportunidad de ser un buen padre para Robbie. Nick la había echado de su lado una vez y Abby no tenía la menor intención de permitir que volviera a salirse con la suya. No iba a dejar que le quitara a su hijo, pero vivir con Nick en su rancho de Wyoming resultó ser mucho más intenso de lo que había imaginado. Igual de intenso que la sospecha de que en realidad nunca había llegado a olvidar al guapo vaquero...

Capítulo 1

FACTURAS, facturas y más facturas. Abby Stafford suspiró mientras repasaba el correo. La cena estaba sin hacer y Robbie, en el salón, miraba la televisión con gesto impaciente. Podía oír la música de su programa favorito mientras el cantaba a todo pulmón, desafinando como siempre.

Si no le hubiera dado un quesito para que se entretuviera, estaría yendo detrás de ella por todo el apartamento, como un cachorro hambriento. Robbie tenía cuatro años y medio, pero ella solía llamarlo cariñosamente «el pozo sin fondo». Como su padre, pensó. Pero Robbie era lo más importante del mundo para ella.

Un golpecito en la puerta interrumpió sus pensamientos. Tenía que ser Gail otra vez. Por mucho que le dijera a su vecina que no estaba interesada en que le buscase una cita, la mujer no cejaba en su empeño.

—Ya te lo he dicho, Gail —suspiró, mientras abría la puerta—. No estoy interesada.

—Y yo no soy Gail.

El timbre de esa voz era inolvidable, terriblemente familiar. Antes de que pudiese levantar la mirada, las facturas se le cayeron de la mano, planeando suavemente hasta el suelo. Abby pensó que iba a pasarle lo mismo, aunque ella caería con menos gracia.

El hombre al que había amado desde que tenía dieciséis años por fin había aparecido en su casa.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con voz temblorosa.

No había visto a Nick Logan en cinco años, desde el funeral de su padre. Desde que la muerte de Robert Logan había destrozado sus planes de boda. Sus sueños de irse a Cheyenne y dejar atrás Sydney Creek, el pueblo en el que ambos se habían criado.

Abby lo miró. Lo miró desde el pelo oscuro hasta las botas. Aquel hombre había mejorado con la edad. Seguía siendo igual de alto, pero ahora parecía más musculoso, gracias, sin duda, a su trabajo en el rancho. Y tenía arruguitas alrededor de los ojos castaños, seguramente de guiñarlos para evitar el sol.

Nick también se tomó su tiempo para observarla mientras sostenía el sombrero Stetson con una mano.

—He venido a verte.

Pero el tono de su voz no era agradable. Era duro, como él. No había nada de la delicadeza con la que solía tratarla años atrás.

—Yo... no sabía que estuvieras en la ciudad.

—Sí, bueno. Cuando Julie me escribió para decirme cuánto la habías ayudado desde que se mudó a Cheyenne, pensé que debía venir a darte las gracias.

Había sido un placer ayudar a la hermana de Nick; eran amigas desde siempre.

—Es muy amable por tu parte, pero...

—No te equivoques, Abby. No me siento precisamente amable —la interrumpió él dando un paso adelante—. ¡Estoy furioso contigo!

—¿Por qué?

—Como si no lo supieras.

Ella lo sabía, pero no pensaba admitir nada a menos que tuviera que hacerlo. De modo que mintió:

—Pues no, no lo sé. ¡Y si vas a ser tan grosero, por mí puedes desaparecer otros cinco años! —Abby estaba a punto de darle con la puerta en las narices cuando oyó la voz de Robbie a su lado.

—Mamá, ¿la cena está lista?

La mirada de Nick se suavizó al ver al niño.

—Hola. Me parece que no nos conocemos. ¿Cómo te llamas? —le preguntó, poniéndose en cuclillas.

—Robbie. ¿Tú quién eres?

Abby tragó saliva.

—Nick, no, por favor...

Él la miró un momento. En sus ojos no había simpatía alguna.

—Soy un amigo de tu madre —le dijo—. Me llamo Nick. Y me alegro de conocerte —añadió, ofreciéndole su mano.

Robbie la estrechó, sonriendo.

—¿Eres un vaquero?

Abby nunca le había hablado sobre vaqueros. Había evitado ese tema, pero hacía unos días su profesora les había leído un cuento sobre un perro que ayudaba a un vaquero a guiar el ganado. Y desde entonces su hijo no hablaba de otra cosa.

—Sí —contestó Nick—. Soy un vaquero. ¿Te gustan los vaqueros?

Robbie asintió con la cabeza.

—¿Y montas a caballo?

—Claro. ¿Quieres que vayamos a montar juntos?

Robbie miró a su madre.

—¿Puedo, mamá?

—¡No! Tienes que ir al colegio mañana, cariño. Y ahora ve a lavarte las manos. Estamos a punto de cenar.

Evidentemente, Nick no se tomó muy bien el rechazo.

—Antes de irte, Robbie, quiero preguntarte una cosa. Pareces muy mayor. ¿Cuántos años tienes?

Ésa era la pregunta que Abby no quería que contestase.

—Cumpliré cinco en... ¿cuántos meses, mamá?

Ella no respondió. En lugar de hacerlo, lo empujó suavemente hacia el cuarto de

baño. Luego se volvió, rezando para que Nick se hubiera ido. Pero el hombre seguía allí, sus anchos hombros ocupando todo el umbral de la puerta.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

No tenía sentido negarlo. Además, le debía una respuesta.

—Me dijiste que debía irme a la ciudad, que debía vivir mi vida, ¿te acuerdas? — Abby intentó, sin conseguirlo, borrar la amargura de su tono.

—¡Pero no sabía que estuvieras embarazada!

—Yo tampoco.

Nick respiró profundamente, pasándose la mano por el pelo oscuro.

—Podrías habérmelo dicho. Estamos en el siglo XXI, Abby. Hay muchas maneras de ponerse en contacto con la gente.

Ella se estiró todo lo que le permitía su metro setenta y tres de estatura.

—¿Para qué? ¿Para angustiarte aún más? Tu madre no se separaba de tu lado y había cinco niños que dependían de ti. ¿Necesitabas otro?

—¡Abby, es mi hijo! ¿Crees que le habría dado la espalda?

—No, a él no, pero a su madre sí —contestó ella, apartando la mirada.

Todo se había ido al traste cuando el padre de Nick murió. Las responsabilidades y las obligaciones hacia su familia le pesaban como una losa, haciendo que no le quedase nada para Abby, la mujer de la que, supuestamente, estaba enamorado.

—Abby, intenté hacer lo que me pareció mejor para ti.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién me había puesto a tu cargo?

Él la miró, turbado. Nadie le llevaba la contraria, nadie se atrevía a enfrentarse con él. Pero Abby no pensaba echarse atrás.

—¿Ibas a quedarte en Sídney Creek después de terminar la carrera? ¿Eso era lo que querías? —preguntó Nick.

—Quería poder elegir —contestó ella.

Nick negó con la cabeza.

—No podía dejar que hicieras eso. Te habías esforzado mucho para terminar la carrera y tenías un trabajo esperándote en Cheyenne...

—Y tú también —lo interrumpió Abby.

—Pero yo tenía otras responsabilidades. ¿No entiendes que tuve que hacer lo que hice?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo también.

—¿Esconderme que tenía un hijo durante casi cinco años? —le espetó él.

Abby no quería que aquello se convirtiera en una bronca, de modo que respiró profundamente.

—Lo mejor es que te marches, Nick.

—¡De eso nada! Tú has tenido a Robbie durante cinco años, ahora es mi turno. Esta ciudad no es sitio para criar a un niño.

Para Abby, aquellas palabras fueron como un cuchillo en el corazón.

—No puedes llevártelo. Es mi hijo... a ti ni siquiera te conoce.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó Nick, con tono amenazador.

Ella negó con la cabeza; no estaba dispuesta a claudicar.

—Yo lo he cuidado cada día desde que nació. No puedes aparecer aquí de repente para llevártelo... ¡no puedes quitármelo! Necesitas tiempo para conocerlo y...

Nick se inclinó para mirarla a los ojos.

—Vuelvo a Sídney Creek por la mañana y pienso llevarme a mi hijo conmigo. Vengas tú con nosotros o no.

Después de decir eso se dio la vuelta y salió de su apartamento tan abruptamente como había aparecido, dejándola con el corazón encogido.

Nick mordió su hamburguesa, pensativo. Podía irse a un hotel y dormir un poco antes de tomar la carretera por la mañana. Pero, ¿cómo podía estar seguro de que Abby no desaparecería con el niño en medio de la noche?

Si fuera, al contrario, si alguien quisiera quitarle a su hijo, él lo haría. Pero estaba demasiado enfadado con Abby como para tener en consideración sus sentimientos.

Además, no había alternativa. Sabía lo que debía hacer.

De modo que soltó la hamburguesa, se tomó el café de un trago y se dirigió a su camioneta. No se detuvo hasta que llegó al edificio de Abby. Iba a pasar la noche allí, delante del portal. No pensaba darle la oportunidad de escapar con su hijo.

No había esperado ser padre. Y menos ser padre a medias. Cuando era pequeño había chicos en su clase que tenían que soportar esa situación y siempre le había parecido muy triste. Él no aceptaría eso para su hijo.

Había esperado compartir su vida con Abby, pero...

Habían crecido juntos en Sídney Creek, eran vecinos y amigos... hasta que la besó cuando tenía dieciséis años.

Después de eso se convirtieron en una pareja. Inseparables.

Nick la seguía a todas partes e incluso fueron a la misma universidad. La quería más cada día y no hacer el amor con ella fue el sacrificio más grande que había hecho en toda su vida, pero le había prometido a su padre que sería responsable.

Y lo había sido... hasta la noche de la graduación, con el diploma en la mano y toda una vida por delante.

Dos días después, su padre murió. Y con él, todos sus sueños.

Su madre necesitaba ayuda en el rancho y con sus otros cinco hijos. Nick no tuvo más remedio que quedarse en Sídney Creek. Pero Abby podía escoger y Nick insistió en que se fuera a Cheyenne a trabajar. Recordaba el día que se marchó del pueblo como si hubiera sido ayer, no cinco años antes. Había sido el día más triste de su vida.

Ella había intentado convencerlo de que quería quedarse. Incluso hizo que se

sintiera culpable. Aun así, Nick seguía pensando que había hecho lo correcto.

Pero no sabía que estaba embarazada.

Miró el portal del edificio. Podía imaginar su miedo... ¿Estaría durmiendo? ¿Abrazando a Robbie? ¿Llorando?

Tenía que dejar de sentir pena por ella. Debería haberle contado que tenían un hijo. Debería haber vuelto al rancho con él. Podrían haber criado al niño juntos... Ese pensamiento lo entristeció. Los últimos cinco años podrían haber sido tan maravillosos...

Recordó cuando le había abierto la puerta, unas horas antes. Estaba tan guapa como siempre. Su pelo castaño claro era ahora más largo, cayendo en ondas sobre sus hombros. Seguía siendo delgada, pero ahora tenía más curvas. El deseo de tocarla, de abrazarla, lo había asaltado enseguida y tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no hacerlo. Había tenido que meter las manos en los bolsillos de los vaqueros para que no viese cómo le temblaban.

Pero tenía que resistirse. Había ido a Cheyenne a buscar a su hijo y eso pensaba hacer. Aunque, si era sincero consigo mismo, también quería a Abby, pero... le había ocultado la existencia de Robbie durante cinco años.

De repente, pensó en el nombre del niño: Robbie. Su padre se llamaba Roben Logan...

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Años atrás habían hablado de su futuro, de sus hijos, de cómo los llamarían. La idea de ponerle el nombre de su padre a uno de sus hijos no se le ocurrió hasta que éste murió. Pero no tuvo oportunidad de hablarlo con Abby.

Y, sin embargo, ella lo había hecho.

Muy bien, había sido un bonito gesto por su parte.

Pero eso no significaba que pudiera ocultarle a su hijo durante cinco años.

Y nada podría evitar que lo recuperase.

—¡Mamá, tengo sueño! —protestó Robbie por la mañana, mientras Abby intentaba cargar con dos maletas, las llaves de la casa, el bolso y el niño.

—Lo sé, cariño, pero vamos a... visitar a una amiga de mamá —contestó ella. No le gustaba mentir, pero no tenía alternativa—. Cuando lleguemos allí te dejaré ver la televisión todo lo que quieras.

Ojalá su vida fuera diferente, pensó. Nick y ella habían hecho tantos planes: vivir en Cheyenne, casarse allí. Habría tenido alguien que la ayudase, alguien en quien apoyarse. Podrían haber criado a Robbie juntos, llevarlo a Sídney Creek para que visitara a su abuela, enseñarle a montar a caballo, dejar que disfrutase de la vida en el rancho...

Pero no había sido así. Había tenido que criarlo sola, en la ciudad.

El niño levantó los ojos, cargados de sueño.

—Pero siempre dices que tengo que ir al colegio... menos los sábados y los domingos. ¿Hoy es sábado?

—No —contestó ella, distraída. No tenía tiempo para hablar. Eran las seis de la mañana y tenían que irse de allí antes de que Nick volviera.

Apenas había dormido una hora en toda la noche. Después de guardar sus cosas en las maletas había hecho algunas llamadas, pero no había ninguna «amiga». Iba a meter a Robbie en el coche para alejarse de Nick todo lo que fuera posible.

Pero despertar al niño había sido más difícil de lo que esperaba.

—Pero aún no hemos desayunado... y tengo hambre.

—Yo conozco un sitio estupendo para desayunar —contestó Abby, abriendo la puerta con una mano e inclinándose para tomar las maletas—. Tienen tortitas y...

—¿Puedo comer tortitas yo también?

No tuvo que darse la vuelta. Su corazón se detuvo durante una décima de segundo. Porque allí estaba Nick, apoyado en la pared. Parecía relajado, pero Abby sabía que estaba furioso.

—Hola, Nick. Puedo explicarte...

—Seguro que sí —la interrumpió él—. Hola, Robbie. ¿Te ha dicho tu mamá que nos vamos al rancho? Allí hay muchas vacas... y caballos.

Los ojos castaños de Robbie, tan parecidos a los suyos, se iluminaron.

—¿De verdad? ¿Y también hay perros?

—Claro que sí.

—Mamá, vamos a pasarlo muy bien. ¿A ti te gustan los caballos?

Antes de que Abby pudiera hablar, Nick dijo:

—Tu mamá no viene con nosotros.

Robbie dejó de bailotear y lo miró, sorprendido.

—¿Por qué?

Nick se puso en cuclillas para mirarlo a los ojos.

—Bueno, ya sabes que tu mamá tiene que ir a trabajar. El trabajo es muy importante para ella y no quiere perderselo.

—¿Mamá?

Abby no podía quedarse mirando aquel drama. De modo que se puso en cuclillas y tomó a su hijo por los hombros.

—Nick se equivoca, cariño. Nada es más importante que tú, nada en el mundo. ¿Te acuerdas de lo que te digo siempre? Donde yo vaya, tú irás también.

—Sí, me acuerdo —suspiró Robbie—. Me alegro porque quiero ver a los caballos y a los perros, pero contigo —añadió luego, echándole los brazos al cuello.

Abby intentó contener las lágrimas, pero no fue capaz.

—Entonces, ¿vienes con nosotros? —preguntó Nick—. ¿Y tu trabajo?

Ella se encogió de hombros.

—Ya veremos lo que pasa.

Seguramente Nick se cansaría del niño en unos días, pensó. O su madre se cansaría de tenerlos en casa. Además, no quería admitir que su trabajo no era lo que había esperado. Con un título de Administración de Empresas bajo el brazo, la habían contratado como gerente en un prestigioso bufete, pero se había marchado dos años después por desacuerdos con uno de los socios. Su nuevo trabajo, en una empresa más pequeña, no era nada emocionante, pero seguía allí porque tenía tiempo para estar con su hijo.

Nick se encogió de hombros mientras tomaba las maletas.

—Entonces, vamos. Tenemos hambre, ¿verdad, Robbie?

—Sí, tenemos hambre —sonrió el niño.

Abby vaciló antes de tomar el bolso y las llaves.

—Yo te seguiré, pero Robbie debería ir conmigo. Su asiento de seguridad está en mi coche.

Nick se inclinó un poco para hablarle al oído:

—No pensarás escaparte, ¿verdad?

Ella lo miró, indignada.

—No pondría en peligro la vida de mi hijo conduciendo como una loca.

—Muy bien. Entonces me quedaré con las maletas... como rehenes, hasta que lleguemos allí.

¿Sus maletas? Había tenido su corazón como rehén durante cinco largos años.

—Lo sé, señor Johnson, y le pido disculpas, pero es una emergencia. Tengo que volver a mi casa hoy mismo.

Nick estaba comiendo tortitas mientras la oía hablar por el móvil.

—No, lo siento, pero no puedo posponerlo... sí, señor Johnson, entiendo —Abby colgó sin despedirse.

—¿El señor Johnson no ha aceptado que tengas que irte?

—Me ha despedido —contestó ella, levantando su taza de café—. ¿Estás contento?

—A mí me da igual. Venir conmigo ha sido idea tuya.

Abby apretó los labios antes de volverse hacia su hijo.

—¿Has terminado, Robbie? Vamos a lavarnos las manos.

Nick se levantó.

—Yo llevaré al niño al servicio. Es demasiado mayor para ir al de señoras.

—¿Puedo ir, mamá?

Por su expresión, Nick esperaba que protestase, pero no lo hizo.

—Sí puedes, cariño.

—¿Cómo es tu habitación, Nick? —preguntó el niño entonces.

—¿Mi habitación?

—Ya sabes, la habitación de los vaqueros. Yo nunca he estado en una.

Nick sonrió.

—No te preocupes, la verás muy pronto.

Luego se dirigieron hacia el servicio, el niño apretando su mano.

—Esto es casi como tener un papá, ¿no?

Él lo miró, sorprendido.

—Pues sí... supongo que sí.

—Yo le pedí un papá a mi mamá, pero me dijo que no podía pedirlo por catálogo —rió el niño.

—¿Abby nunca te ha hablado de tu papá?

—Yo no tengo papá. Mi mamá siempre dice: «estamos solos tú y yo, Robbie».

De nuevo, Nick sintió que la furia crecía dentro de él. Abby podría haberle dicho algo... bueno, quizá no. Y debería estarle agradecido. Al menos no le había dicho que él no había querido a su hijo.

Cuando salieron del servicio, Abby los esperaba con expresión ansiosa.

—¿Te has quitado el caramelo de la cara?

—Sí, Nick me ha ayudado. Es diferente del baño de casa. Tienen uri... uri...

—Hablabamos de eso en el coche, cariño.

Nick no pudo evitar una sonrisa mientras veía a Robbie salir del restaurante. Había querido decirle que era su padre, pero no se había atrevido. No quería confundir al niño.

Su niño.

Por primera vez, pensó en lo que iba a pasar cuando llegaran al rancho. A su madre no le gustaban las sorpresas... ¿y Patricia?

No, las cosas no iban a ser tan fáciles como había esperado.

Robbie se quedó dormido cinco minutos después.

Mejor, se dijo Abby. Tenía que pensar. Tenía que decidir qué iba a hacer cuando llegasen al rancho y tuviera que enfrentarse con la señora Logan.

Cuando Nick y ella salían juntos nunca se había sentido bienvenida en su casa. Su madre en particular había dejado bien claro que no le parecía suficiente para su hijo.

Abby lo entendía. Ella había crecido en una pequeña granja y, aunque sus padres trabajaban sin descanso, nunca tuvieron mucho dinero. Mientras iba al instituto trabajaba en el café del pueblo para poder comprarse ropa. Por el contrario, los Logan eran los propietarios del rancho más grande de Sídney Creek y vivían cómodamente, sin problemas económicos. Nick y su familia tenían todo lo que Abby no había tenido nunca... como la camioneta nueva que le regalaron sus padres a Nick cuando cumplió dieciséis años.

Abby no tuvo coche propio hasta que se marchó a Cheyenne. Y era de segunda

mano. Aún no había podido comprar otro. Y ahora que había perdido su trabajo, no parecía haber muchas posibilidades de que eso cambiara.

En realidad, Abby siempre había querido volver a Sídney Creek, pero la idea de enfrentarse con Nick había hecho que permaneciera en Cheyenne.

Ahora que volvía al pueblo, lo primero que tenía que hacer era buscar trabajo. Algo nada fácil en Sídney Creek, donde había pocos negocios. Pero para ella el trabajo era esencial. Tenía que mantener a Robbie y ayudar a su madre, que se había mudado a Florida.

Cuando su padre murió, un año después de que terminase la carrera, su madre se había ido a Cheyenne para vivir con ella y con Robbie. Susan Stafford había cuidado del niño mientras ella trabajaba durante los dos primeros años, pero cuando una amiga suya decidió mudarse a la soleada Florida, Abby tuvo que decirle adiós.

Robbie empezó a ir a la guardería entonces; un sitio limpio y alegre cerca de su trabajo. Allí había hecho muchos amigos, algunos de los cuales iban ahora al colegio con él.

¿Podría encontrar un buen colegio en Sídney Creek? ¿Dejaría Nick que Robbie viviera con ella en el pueblo o insistiría en llevárselo al rancho? ¿Querría que ella viviera en el rancho también?

Y había otra pregunta que daba vueltas en su cabeza... ¿seguiría sintiendo algo por ella?

Abby se había quedado sorprendida por lo que había sentido al verlo. Teniéndolo allí, a su lado, había recordado el tiempo que estuvieron juntos... sobre todo la noche de su graduación. Después de años controlándose, iban a hacer el amor por fin, a compartir la pasión que sentían el uno por el otro.

Eso había sido cinco años antes, pero ver a Nick de nuevo fue como volver a vivir aquella noche... Había deseado tocarlo, pero él sólo tenía ojos para Robbie. Aunque era lógico. Después de todo, Robbie era lo más importante del mundo para ella. Era un niño tan bueno... siempre se portaba bien y cuidaba de ella cuando estaba triste. No ocurría a menudo, pero cuando ocurría, su hijo le daba cariñosas palmaditas en el hombro y le preguntaba qué le pasaba.

Nada en el mundo haría que abandonase a su hijo.

Tendría que encontrar la manera de que aquello funcionase. Tenía que hacerlo, por Robbie.

Cuando llegaron al rancho, Abby se quedó sentada en el coche, respirando profundamente. La casa, de un solo piso y con un amplio porche, seguía siendo la misma. Como las montañas al fondo. Y ella sentía la misma emoción que había sentido la última vez que la vio.

Pero no podía quedarse en el coche para siempre, de modo que dejó escapar un

suspiro antes de despertar al niño.

—¿Robbie? Ya hemos llegado, cariño. Despierta.

El niño abrió los ojitos.

—¿Dónde estamos, mamá?

—En el rancho de Nick.

Robbie se estiró todo lo que pudo, despierto de repente, para mirar por la ventanilla.

—¿Puedes ver a los caballos y a los perros?

—Bueno, he oído ladrar a un perro... —Abby no terminó la frase porque Nick acababa de abrir la puerta del coche bruscamente.

—¿No piensas salir? —le espetó—. ¿Listo, campeón? —le preguntó al niño.

—¡Sí! —gritó Robbie, desabrochando el cinturón del asiento de seguridad.

—Nick, ¿qué vamos a decirle a tu madre?

—No tendremos que decirle nada —contestó él en voz baja—. Ella recuerda muy bien cómo era yo a los cuatro años. Por eso supe enseguida que era mi hijo.

—Pero puede que tu madre diga algo...

—¿No te parece que ya es hora de que alguien lo haga?

—No quiero que Robbie sepa nada todavía...

—Es demasiado tarde para preocuparse por eso.

Abby suspiró. A pesar de lo que dijera Nick, no quería que Robbie supiera la verdad sin que ella estuviera allí para explicárselo.

Aunque el niño insistía en ir a ver a las vacas, Nick lo llevó antes al interior de la casa. Abby sabía que Julie estaba en Cheyenne y, seguramente, Brad habría terminado ya la carrera. Si estaba de vuelta en casa, tendría que enfrentarse al menos con cuatro de los hermanos Logan.

Suspirando, siguió a Nick y a Robbie hasta la cocina, donde la familia pasaba casi todo el tiempo. Kate Logan estaba sacando algo de un armario.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, mamá —contestó Nick.

Kate se volvió para saludar a su hijo mayor. Pero se detuvo al ver a Abby. Y su sonrisa desapareció.

—No sabía que vinieras con Abby.

—He venido con Abby y con su hijo.

Kate se fijó entonces en el niño... y abrió los ojos como platos, atónita.

—¿Es...?

Abby contuvo el aliento, esperando que revelase el secreto que ella había guardado durante todos esos años.

—Es Robbie, mamá, el hijo de Abby.

Después de mirarla durante unos segundos, Kate se inclinó para saludar al niño.

—Hola, Robbie. Encantada de conocerte. Me alegro de que hayas venido... a

visitarnos.

—Gracias —dijo el niño, muy educado—. Nick dice que tenéis caballos y perros.

—Sí, es verdad. De hecho, una de las perras tuvo cachorros hace una semana.

¿Quieres verlos?

—¿Cachorros de verdad?

—Claro —rio Kate—. Voy a decirle al hermano de Nick que te lleve. Nick, llama a Brad.

—Voy.

—¿Tú también quieres venir a ver a los cachorros, mamá? —preguntó Robbie. Abby sonrió. Debería haber imaginado que el niño se pondría nervioso con un extraño.

—Ve con Brad, cariño. Yo iré enseguida.

—Pero...

—Estoy cansada, cielo. Yo no he podido dormir en el coche, como tú.

Robbie se escondió entre sus piernas.

—Pero yo no conozco al hermano de Nick —le dijo en voz baja.

Ella se inclinó para abrazarlo.

—Pero yo sí. Y se parece mucho a él. No te preocupes, no va hacerte nada. Es muy simpático.

El joven en cuestión entró entonces en la cocina, con una sonrisa en los labios.

—Hola, Abby. Me alegro de volver a verte.

—Hola, Brad. Te presento a mi hijo, Robbie.

—Hola, Robbie. Me han dicho que quieres ver a los cachorros.

—Sí.

—Si eres bueno, puede que te deje jugar con ellos. ¿Qué te parece?

—¿De verdad? —exclamó el niño, entusiasmado.

—Id a ver a los cachorros —intervino Kate—. Cuando volváis, la comida estará lista.

Las dos mujeres se quedaron mirando mientras Brad y Robbie salían de la cocina.

—Y yo pensando que no querría ir sin mí —suspiró Abby.

—Ha ido porque tú le has dicho que Brad no iba a hacerle nada —sonrió Kate; una sonrisa que la sorprendió. Aunque sabía que pronto iría al grano—. El niño es hijo de Nick, ¿verdad?

No, no había tardado mucho.

—Sí.

—¿Y ahora qué, Nick? —preguntó Kate, cuando su hijo entró de nuevo en la cocina.

—Le he dicho que ella ha tenido a Robbie durante cinco años y ahora es mi turno.

Su madre lo miró con el ceño arrugado.

—Entonces no me extraña que Abby haya querido venir con él. ¿Y qué pasa con Patricia? ¿Has pensado en cómo reaccionará ella?

Abby miraba de uno a otro.

— ¿Quién es Patricia?

— Ella no tiene nada que ver con esto.

— Hijo...

Nick empezó a pasear por la cocina, con expresión preocupada.

Abby entendió entonces. Y se le encogió el corazón.

— No me digas que es tu mujer.

Capítulo 2

—¡NO ES mi mujer! —exclamó Nick.

—Entonces, ¿quién es?

—Mi prometida.

No había mucha diferencia, pensó Abby.

—¿Le has hablado de Robbie? —preguntó, intentando contener su angustia.

—No, aún no. Pero estoy seguro de que no será un problema para ella —contestó Nick.

Abby tenía sus dudas. Pero eso le daba una oportunidad para negociar.

—Mira, entiendo que quieras conocer a Robbie, pero he vuelto a Sídney Creek y pienso quedarme durante un tiempo si encuentro un trabajo. Puedo alquilar una casa y así tú podrás pasar los fines de semana con el niño...

—¡No! —la interrumpió él—. ¡El niño se queda aquí! Te dije...

Nick no terminó la frase al oír pasos en la entrada. Era Robbie, que se lanzó a los brazos de su madre para contarle lo bonitos que eran los cachorros y cuál era su favorito.

—Me gusta el más pequeño de todos, mamá. Es más lindo...

—¿Quieres quedarte con uno de los cachorros? —preguntó Nick.

—¿Puedo? —exclamó el niño—. Mamá, ¿podemos llevarnos uno a casa?

—Díselo —murmuró Nick, clavando sus ojos en ella.

Abby se puso en cuclillas para mirar al niño.

—Robbie, vamos a quedarnos aquí durante algún tiempo. Y mientras estemos aquí...

—¡Dile la verdad!

—Cálmate un poco, ¿quieres? —replicó ella, irritada.

—¿Qué tienes que decirme, mamá?

Abby cerró los ojos. Había soñado con aquel momento muchas veces. Pero decirle a Robbie quién era su padre no era nada fácil. Siempre había pensado que tendría tiempo para encontrar las palabras adecuadas. Y, aparentemente, no iba a ser así.

—Estás siendo muy poco comprensivo, Nick —dijo Kate Logan entonces.

Él no contestó. Se quedó mirando a Abby y a Robbie sin decir una palabra, esperando.

—Cariño, ¿recuerdas que me has preguntado muchas veces por tu papá?

—Sí, pero no pasa nada, mamá. No llores por eso otra vez.

Abby intentó contener las lágrimas. ¡Cuánto quería a aquel niño...!

—No voy a llorar. Pero verás... tu papá...

Nick se puso en cuclillas a su lado.

—Yo soy tu papá, Robbie. No sabía nada de ti o habría ido a buscarte mucho antes. El niño lo miró, confuso.

—¿Estás seguro? Porque mi mamá me dijo que no tenía papá.

—Nick está diciendo la verdad, cariño. ¿Sabes por qué te llamas Robbie?

—No.

—Tu abuelo murió poco antes de que yo me fuese de aquí. Cuando descubrí que estaba embarazada quise que tuvieras algo que te lo recordase algún día... así que te puse su nombre: Robert.

—¿Y él me conoció de pequeño?

—No, cariño. Tu abuelo había muerto cuando naciste —intentó sonreír Abby.

—Pero le habrías gustado mucho —intervino Kate—. Era mi marido y tu abuelo. El padre de Nick.

Robbie se volvió para mirarlo.

—¿Tú tenías un papá?

—Sí, y era muy bueno. Él ya no está, pero tienes una abuela.

—Ah, ¿sí?

—Yo soy tu abuela, cariño —rio Kate.

—Ah, eres tú —sonrió el niño—. Ahora somos muchos, ¿no, mamá?

Robbie nunca dejaba de asombrarla. Había tardado mucho tiempo en contárselo, pero su hijo parecía habérselo tomado bien. Parecía encantado ante la idea de tener una gran familia.

—¿No te gusta que seamos muchos, mami?

—Sí, claro que sí, cielo —contestó ella. No estaba segura del todo, pero no podía decírselo a su hijo.

—Entonces, ¿vamos a quedarnos aquí y puedo quedarme con el cachorro?

—Tendrás que preguntarle a tu abuela. Son sus perros. Y es su casa.

—Pero tú también vas a quedarte, ¿verdad? ¡Tú eres mi mamá!

—Pues claro que va a quedarse —contestó Kate—. Es parte de la familia.

—Mamá, ¿qué...? —empezó a protestar Nick.

—Es mi casa, ¿no? —le espetó su madre, con los brazos en jarras—. Y yo digo que se queda.

Nick la miró un momento y luego salió de la cocina sin decir nada.

Abby estaba confundida. ¿Kate había salido en su defensa? En cuanto a Nick... Evidentemente no quería saber nada de ella. Y siendo así, no podía quedarse.

—Kate, quizá lo mejor sería...

—No. Todo esto es culpa mía, Abby. No voy a dejar que Nick te separe de tu hijo.

—¿Cómo que es culpa tuya?

Antes de que Kate pudiera responder, Brad levantó una mano.

—Me parece que no quiero oír esto. Voy a buscar a Nick.

Abby no sabía qué decir. Atónita, miraba a Kate esperando que le diera una explicación.

—Yo pensé que Nick podía encontrar algo mejor —le confesó—. Y supongo que tú te diste cuenta. Tras la muerte de su padre no quise que se fuera de aquí. Lo necesitaba. Así que se perdió los primeros años de su hijo. Y ahora... ahora está Patricia —de repente, Kate se puso a llorar, tapándose la cara con el delantal.

—Robbie, ve a ver la televisión —dijo Abby entonces.

—¿De verdad Nick es mi papá?

—Sí, cariño.

—Bueno. ¡Voy a ponerle nombre al cachorro! —exclamó el niño, saliendo de la cocina.

—Kate... —Abby se acercó a la abuela del niño para ponerle una mano en el brazo—. Que yo me quedase embarazada no fue culpa tuya. Y fuera de quien fuera la culpa, yo no cambiaría nada de lo que ha pasado. Adoro a mi hijo.

—Claro que sí, Abby. Es un niño estupendo. Pero yo... podría habérmelas arreglado sin Nick. Debería habérmelas arreglado sin él. Así podríais haber estado juntos.

—Acababas de perder a tu marido y tenías cinco hijos, Kate. No podrías habértelas arreglado sola. Mira, Nick y yo ya hemos discutido esto... él tomó la decisión por los dos, pero no tenía derecho a hacerlo. Y yo no creí en su amor. Así que ya ves, todos tenemos parte de culpa. Pero eso es agua pasada.

—Abby, estás siendo muy generosa.

—No lo creas. Admito que te culpaba a ti por lo que pasó. Pero al final, fue Nick el que insistió en que debía quedarme en Cheyenne mientras él volvía a Sídney Creek y yo... lo odié por eso.

—Pero yo no debería...

—Mira, Kate, vamos a dejarlo. Lo nuestro se ha terminado. Ahora Nick está con Patricia y yo puedo aceptarlo mientras no intente apartarme de mi hijo.

—No dejaré que lo haga, Abby. Te lo prometo.

—Quiero que me digas si mi estancia aquí va a ser un problema entre Nick y tú. Porque si es así me pongo a buscar casa ahora mismo.

—No. Sé que Nick está enfadado, pero no puede ser tan malo. No dejaré que se quede con el niño, te lo prometo. Robbie tiene que estar con su madre. Además, el niño lo odiaría si hiciera eso.

—Si consigue el cachorro, quizá no —intentó sonreír Abby.

—Es como su padre, ¿verdad?

—Sí. Siento mucho que no hayas sabido nada de tu nieto en cinco años, pero es que... no sabía cómo volver.

—En fin, al menos Nick ha hecho algo bueno —sonrió Kate—. ¡Un nieto! Y le has puesto el nombre de su abuelo. Qué detalle tan bonito.

—Me alegro de que te guste.

—Sí, sí, desde luego —Kate se dejó caer sobre una silla y señaló la que estaba a su lado para que Abby se sentara—. Ahora tenemos que encontrar un sitio para ti. A ver, Julie está en Cheyenne, así que puedes dormir en su habitación. Robbie puede dormir en la de Charlie, que está en la universidad, en Laramie. Está al lado de la habitación de Nick... eso le gustará.

—Perfecto, Kate. Gracias por hacer que me sienta bienvenida.

—Eres la madre de mi nieto. Pues claro que eres bienvenida en esta casa.

Aunque estaba sorprendida por la reacción de Kate, aún había una pregunta dando vueltas en su cabeza.

—Ahora tenemos que hablar de Patricia.

—Ah —suspiró Kate, levantando los ojos al cielo—. Patricia.

—¿Tan mala es?

—Bueno, es guapa... pero insoportable.

—¿Qué quieres decir?

—Que espera salirse con la suya en todo.

—¿Con Nick? ¿Quiere salirse con la suya en todo siendo la prometida de Nick?

—Todo tiene que hacerse como ella quiere o no se hace. Una vez dijo que iba a hacer la cena y Nick aceptó, pensando que iba a hacerla para todo el mundo. Pero sólo la hizo para ella y para mi hijo. Y ni siquiera hizo suficiente para él. Nick trabaja todo el día y ya sabes que siempre tiene hambre. Después de «la cena», mi hijo tuvo que hacerse un bocadillo.

—¿Y dónde cenasteis vosotros?

—Nos fuimos al café del pueblo. Julie y Brad no estaban aquí y a los otros dos les da igual dónde les den de cenar. Cuando volvimos a casa descubrí que Patricia no había tenido tiempo de fregar los platos. ¡Los dejó sucios en el fregadero!

—¡No puede ser! —exclamó Abby.

—Como te lo digo. Cuando volví a casa, Nick estaba fregándolos y comiéndose el bocadillo al mismo tiempo. Entonces me di cuenta de que Patricia no era mujer para él.

—¿Le gustan los niños? —preguntó Abby.

—Es profesora. Deberían gustarle, pero... la verdad es que sus alumnos no la quieren nada. Me lo ha contado una amiga que tiene un hijo en el instituto.

—Quizá se le den mejor de uno en uno.

Kate negó con la cabeza.

—No, me temo que no.

Abby dejó escapar un suspiro. Había conseguido saltar el primer obstáculo, la madre de Nick, pero por lo visto había otro más complicado frente a ella.

¿Qué iba a hacer con Patricia?

El tema de Patricia no volvió a salir durante el resto del día y Abby estaba demasiado atareada como para preocuparse por ella. Después de cenar, ayudó a Kate a limpiar la cocina y luego bañó a Robbie, que no dejaba de hablar del cachorro. Más tarde, ya con el pijama puesto, lo animó para que fuese a darle las buenas noches a todo el mundo.

Kate le dio un cariñoso abrazo.

—Qué guapo estás con ese pijamita.

—Es nuevo. Me lo ha comprado mi mamá.

—¿A mí no me das un abrazo, como a tu abuela? —sonrió Nick.

—Bueno —contestó el niño, sonriendo tímidamente.

Después, abrazó a Brad y a sus dos hermanos menores, que le habían presentado cuando volvieron del colegio, y se volvió hacia su madre con los brazos abiertos.

—Yo te llevaré a la cama —dijo Nick, tomándolo en brazos antes de que Abby pudiera protestar.

—Bueno —murmuró el niño—. Mamá, ¿no vienes?

—Sí, cielo.

Nick la miró con cara de pocos amigos, pero Abby no le hizo caso. Su hijo quería que fuese con él a la habitación y eso era lo único que importaba.

—¿Te gusta tu habitación? —le preguntó, mientras lo arropaba.

—Sí.

—Está al lado de la de tu papá.

—¿Dónde está tu habitación, mamá?

—Al final del pasillo. No te preocupes, estaré aquí cuando despiertes por la mañana.

—¿Puedes ir a ver si mi cachorro está dormido?

—Sí, claro. ¿Ya has decidido cómo vas a llamarlo?

Robbie miró al hombre que estaba al lado de su cama antes de mirar de nuevo a su madre.

—Pues... yo quiero llamarle Bebé porque es el más pequeño de todos.

—Es un buen nombre, Robbie.

El niño sonrió.

—¿Mañana podré jugar con él?

—Sí, pero ahora tienes que rezar tus oraciones —dijo Abby—. Gracias por mi cachorro y, por favor, bendice a mamá y... a papá—añadió. Robbie repitió esas palabras y ella se inclinó para darle un beso.

Nick no se movió. Se quedó donde estaba, con una extraña expresión. Iba a decir algo cuando sonó el teléfono en la cocina.

—Nick, es Patricia —oyeron la voz de su madre.

Sin decir nada, él se volvió y salió de la habitación.

—¿Está enfadado conmigo? —preguntó Robbie.

—No, cariño. No pasa nada. Tú no te preocupes.

—Mamá, ¿de verdad vamos a vivir aquí?

—No estoy segura. Pero estaremos siempre juntos, tú y yo, como siempre.

—Muy bien —murmuró Robbie, cerrando los ojos—. Buenas noches, mamá.

Abby pasó una mano por su pelo.

—Buenas noches, cariño mío.

Pero en lugar de marcharse, se quedó sentada en la cama, esperando. Kate estaba siendo encantadora, pero Nick parecía furioso con ella.

Sus hermanos, sin embargo, se mostraban muy simpáticos, especialmente con Robbie. Brad le había presentado a Matt que, a los trece años, estaba encantado de no ser ya el más pequeño. Y a Jason que, a los dieciséis, tenía en mente cosas más importantes que un sobrino.

Abby sonrió, recordando a Nick a los dieciséis años. Fue entonces cuando la besó por primera vez.

La vida había cambiado mucho en los siete años siguientes. Para entonces estaba sola en la ciudad. Sin Nick. Y embarazada.

Abby miró al niño, que empezaba a quedarse dormido, y le dio un beso en la frente. Nada iba a cambiar, se dijo.

Luego salió de la habitación intentando no hacer ruido.

En la cocina sólo quedaban Kate y Nick. Él seguía hablando por teléfono y su madre estaba metiendo un pastel en el horno.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. Ya me has ayudado suficiente por hoy.

—Me alegro —sonrió Abby.

—¡No! —exclamó Nick entonces, colgando el teléfono de golpe.

Kate y Abby se volvieron, sorprendidas.

—¿Ocurre algo, hijo?

—No, no pasa nada —contestó él, saliendo de la cocina.

—¿Qué crees que ha pasado? —preguntó Abby en voz baja.

—Supongo que Patricia ha descubierto al verdadero Nick —bromeó Kate.

—¿No crees que Robbie y yo deberíamos vivir en otro sitio?

—No. Quiero estar con mi nieto, no verlo de vez en cuando. Y si esto hace que Nick recupere el sentido común que ha perdido, mejor. Si no es así, sospecho que Patricia le obligará a construir otra casa.

Abby se encogió de hombros.

—Si lo hace, será porque la quiere.

—No estoy yo tan segura —murmuró Kate.

El corazón de Abby empezó a latir a toda velocidad. No había querido admitir cómo deseaba que Nick siguiera sintiendo algo por ella. No quería admitir que aún le seguía importando. La realidad era que estaba prometido con otra mujer...

Una mujer que pronto sería la madrastra de su hijo.

Nick entró en su dormitorio dando un portazo. Debería haber imaginado que Patricia no se tomaría bien la noticia. Cualquiera mujer se enfadaría al descubrir que su prometido tenía un hijo del que no sabía nada, pero...

Pero ahora que Robbie estaba en su vida, las cosas habían cambiado por completo. ¿Y Abby? Era libre... y la madre de su hijo.

Nick se recordó a sí mismo que no debía pensar esas cosas. Debería estar enfadado con ella por haberle escondido aquel precioso secreto. Pero quizá entendía sus razones.

Siempre había entendido a Abby.

Sin embargo, con Patricia todo era distinto. No eran almas gemelas. A Patricia le gustaba su dinero y su status en la comunidad. Y no había una gran pasión entre ellos... no como la que había habido con Abby. Intentaba creer que eso cambiaría cuando se casaran, pero...

Ahora tenía que encontrar la forma de lidiar con Patricia y con su hijo. Y con Abby. Evidentemente, ella no iría a ningún sitio sin Robbie. No abandonaría a su hijo por nada del mundo.

Pero tendría que asegurarse de que los hombres de Sídney Creek no intentaban echarle el lazo.

¿De dónde había salido ese pensamiento?, se preguntó.

No podía dejar de pensar si tendría novio. Estaba tan guapa como siempre y seguro que no había estado esperándolo esos cinco años. A menos que Robbie hubiese alejado a los hombres. Por primera vez, Nick vio a Robbie como algo más que su hijo. Seguramente, también habría sido un perro guardián para su madre.

Tumbándose en la cama, con las manos en la nuca, Nick contempló su futuro. Después de un rato, decidió dejar de darle vueltas a la cabeza y apagó la luz.

¿Quién sabía lo que los esperaba en el futuro?

Robbie se levantó a las siete de la mañana, su hora normal, aunque era sábado. Como le había prometido, Abby estaba esperándolo en la cocina. Se había levantado temprano para ayudar a Kate.

Cuando el niño entró en la cocina, su abuela lo abrazó y le preguntó si tenía hambre.

Robbie miró la comida que había sobre la mesa.

— ¡Tortitas! ¡Mi desayuno favorito!

Abby lo sujetó del brazo cuando iba a subirse a la silla.

— He dejado la ropa sobre tu cama, cariño. ¿Por qué no te has vestido?

— Pero hoy no tengo que ir al colegio...

— Ve a vestirte. Cuando lo hagas, podrás desayunar.

Robbie miró a Nick, como esperando que él dijese lo contrario.

—¿Necesitas ayuda?

—No, puedo vestirme solo. Menos las zapatillas.

—Yo te ayudaré cuando te hayas vestido —le prometió su padre.

Cuando Robbie salió de la cocina, Abby le dio las gracias.

—¿Por qué?

—Por no ponérmelo difícil. Robbie sabe que tiene que vestirse, pero supongo que quería probarme.

—Yo no pienso interferir a menos que crea que estás cometiendo un error.

Ella levantó una ceja.

—No suelo cometer errores con mi hijo.

Nick se encogió de hombros. Cinco minutos después, Robbie volvía a la cocina.

—Ah, qué guapo estás —sonrió Kate.

—Gracias... abuela.

—De nada, nieto.

Robbie miró a su madre.

—¿Ése soy yo?

—Sí, cariño.

Robbie se acercó a Nick entonces, señalando sus pies.

—Papá, ¿me puedes atar los cordones?

—Sí, claro, ven aquí —Nick sentó a Robbie sobre sus rodillas—. ¿Qué tal un desayuno para hombres de verdad?

—Mamá, ¿puedo tomar un desayuno para hombres de verdad?

—¿Qué tal un desayuno para hombres bajitos? —sonrió Abby.

Robbie asintió, contento.

Estuvieron sentados a la mesa más tiempo del habitual. Con Robbie allí, Nick parecía más relajado. Incluso sonreía de vez en cuando. Y Abby empezó a sentirse más cómoda.

Hasta que la puerta se abrió y una chica rubia, alta y delgada entró en la cocina.

No hacía falta que nadie le dijera que aquélla era Patricia.

—¡Patricia! No te esperaba —dijo Nick, levantándose.

—Hola, cielo —lo saludó ella, dándole un beso de tornillo. Abby apartó la mirada y los otros parecieron reaccionar de la misma forma.

Nick apartó los brazos de su cuello y rompió el apasionado beso.

—Oye, mi familia...

—Hola —lo saludó ella, sin molestarse en sonreír.

—Siéntate, Patricia —dijo Kate, levantándose—. ¿Te apetece un café?

—¿Aquí? No, no. A Nick y a mí nos gusta estar solos.

—Sírvete un café, mamá —dijo él, con voz firme.

—Nick, tenemos que hablar.

—Más tarde. Voy a presentarte a mi hijo. Robbie, ésta es mi prometida, Patricia Atwell.

—¿Cuál es su apellido? —preguntó ella, sin apenas mirar al niño.

—Stafford —contestó Abby.

—¿No lo has registrado como mi hijo? —exclamó Nick.

—Me pareció mejor darle mi apellido.

—En ese caso, empezaré el procedimiento de adopción inmediatamente —replicó él.

—¡Pero si ni siquiera hemos hablado del asunto! —protestó Patricia—. Ahora tendrás que pasarle una pensión. ¿Seguro que quieres adoptarlo?

—Es mi hijo, Patricia. Es mi obligación —dijo él, sonriendo al niño, que no parecía entender nada.

—Sigo pensando que deberíamos hablar de esto a solas.

—No —fue la respuesta de Nick.

De nuevo, Kate intentó suavizar la situación.

—Patricia, ¿has desayunado? Puedo...

—No, gracias, señora Logan. He desayunado en mi casa.

—¿Quieres ver a mi cachorro? —preguntó Robbie entonces—. Brad dice que no podrá entrar en la casa hasta dentro de una semana.

—¿En la casa? —Patricia se llevó una mano al corazón—. Yo no dejaría que ningún animal entrase en mi casa. Lo ensucian todo.

—Pero la abuela ha dicho...

—No pasa nada —lo interrumpió Nick—. Podrás traer al cachorro a casa cuando sea un poquito más grande, como habíamos quedado.

Patricia no parecía en absoluto satisfecha.

—Nick, no deberías sentar precedente. Deberías explicarle que yo no...

—Esta es la casa de mi madre, Patricia.

—Ah, entiendo.

Brad se levantó de la silla.

—Tengo que ir al establo. Hay un caballo enfermo y tenemos que atenderlo.

Abby entendía su deseo de salir corriendo.

—¿Podemos ir contigo? Le prometí a Robbie que podría ver a los cachorros.

—Sí, claro.

Jason y Matt decidieron ir con ellos y pronto en la cocina sólo quedaron Nick, Patricia y Kate.

—¿Por qué no vamos al estudio mientras tu madre lava los platos, Nick?

Él apretó los dientes.

—Tengo una idea mejor. ¿Por qué no ayudamos a mi madre a lavar los platos?

Capítulo 3

ABBY se había quedado helada por el numerito que acababa de presenciar. Iba con Brad hacía el establo, sin decir nada, incapaz de concentrarse en la charla de Robbie, que hablaba con Matt y Jason. No dejaba de pensar en la escena que acababa de tener lugar en la cocina.

—¿Te ha caído bien la futura esposa de Nicle? —preguntó Brad.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Lo dices con sarcasmo?

—Venga, Abby. Tienes que haberte dado cuenta de que no pegan nada. Si se casa con ella, su vida será un infierno.

Esa idea se le había pasado por la cabeza, sí, pero no quería decirlo en voz alta.

—Algo debe de gustarle de ella sí es su prometida. Tienes que darles una oportunidad, Brad.

—No, yo no. Si viene a vivir aquí, yo me voy.

—No creo que venga a vivir aquí. No la imagino viviendo con la familia.

—¿Crees que mi hermano la dejará?

—No, no es eso lo que quiero decir. Supongo que Nick construirá una casa nueva.

—¡Maldición! No se me había ocurrido.

—Brad, Nick tiene que vivir su vida. Sólo así será feliz.

—Pues no creo que sea feliz con Patricia Atwell.

Abby sonrió.

—¿No vienes, mamá? —la llamó su hijo desde la puerta del establo.

—Voy ahora mismo.

—¿Lo ves, mami? Este es Bebé.

—Ah, qué monada. ¿Es un perrito o una perrita?

Jason tomó el cachorro para hacer un rápido examen.

—Oh, no, es una hembra.

—¿Ya no puedo llamarla Bebé? —preguntó Robbie, compungido.

—Pues... claro que sí, cariño. Ese nombre sirve para machos y para hembras.

El niño tomó a la cachorrilla, mirándola con renovado interés.

—Mamá, ¿tú sabías que Jason y Matt eran mis tíos?

—Claro que sí.

—Ayer no tenía ningún tío y ahora tengo tres —Robbie no pudo contener una enorme sonrisa.

—En realidad tienes cuatro tíos y una tía. Charlie está en la universidad y Julie vive

en Cheyenne, pero ya los conocerás.

—¿Y siempre han sido mis tíos?

—Lo han sido siempre, cariño... pero yo no te había hablado de ellos.

—Ah. ¡Y ahora también tengo un cachorro, mami!

—No le preguntéis qué le gusta más —sonrió Abby, mirando a Jason y Matt—.

Perderíais seguro.

—Pero Patricia no nos va a dejar tener a los perros en casa —suspiró Matt.

Abby no dijo nada. Aquello no era asunto suyo.

—Si Patricia insiste en que Nick le construya otra casa en el rancho... —empezó a decir Brad.

—¿Eso significa que Nick no vivirá con nosotros? —preguntó Matt, con el ceño fruncido.

—Exactamente —suspiró Brad—, Bueno, en realidad significa que Patricia tiene a Nick agarrado por las...

—¡Brad! —lo regañó Abby—. Lo que significa es que Nick quiere complacer a su prometida. Y eso es admirable en un hombre.

—Sí, justo eso es lo que yo iba a decir —suspiró Brad, levantando los ojos al cielo.

—¿Volvemos a casa, Robbie? —sonrió Abby entonces—. Yo creo que tu cachorrilla necesita estar más tiempo con su mamá. Podemos volver a verla mañana.

—¿Dónde está el caballo enfermo? —preguntó el niño.

Abby se volvió para mirar a Brad.

—Pues... la verdad es que no hay ninguno. Lo del caballo enfermo es una especie de código. Lo usamos cuando queremos irnos. Patricia no lo sabe, así que no se siente ofendida.

Robbie iba a hacer otra pregunta, pero Abby decidió que su hijo ya había hecho suficientes por ese día.

—Venga, cariño. Tenemos que ayudar a la abuela a limpiar la cocina.

Cuando llegaron a la casa descubrieron a Kate lavando los platos. Abby se disculpó inmediatamente.

—No te preocupes, hija. Es así desde que Julie se marchó. Un montón de hombres que no quieren saber nada de lavar platos y yo.

—Pues deberías entrenarlos —sonrió Abby—. Serían mejores maridos.

—Sí, ya me imagino cómo reaccionarían si les pusiera los guantes de goma.

—En fin, mientras yo esté aquí al menos tendrás un poco de ayuda.

—Gracias, hija.

—¿Dónde está mi papá? —preguntó Robbie.

—Está en su estudio con...

Antes de que Kate terminase la frase, Robbie estaba corriendo por el pasillo.

—¿Patricia sigue aquí? —preguntó Abby.

—Sí.

—Oh, no. Vuelvo enseguida —Abby salió de la cocina, pero ya era demasiado tarde.

—¡Vete de aquí, monstruito! ¿Cómo te atreves a entrar sin llamar?

Robbie se echó en los brazos de su madre, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Mamá, me ha gritado!

Abby tomó a su hijo en brazos y volvió a la cocina, intentando contener la rabia que sentía.

—Cariño, es que se te olvidó llamar a la puerta. Cuando hay una puerta cerrada, debes llamar siempre y esperar que te digan que entres. No puedes entrar, así como así.

—¡Se me olvidó! Iba a contarle a papá que el cachorro es una chica y...

Nick entró entonces en la cocina con expresión preocupada.

—¿Qué ibas a contarme, hijo?

—Que el cachorro es una chica. Pero se me olvidó llamar y...

—No pasa nada, Robbie. Es que las mujeres se enfadan por esas cosas.

—Mi mamá no —replicó el niño.

—¡Ese niño tiene que aprender buenas maneras! —anunció Patricia desde la puerta—. Evidentemente, su madre no se ha molestado en enseñarle.

Abby estaba a punto de decirle dónde podía meterse sus buenas maneras, pero, afortunadamente, Nick se adelantó:

—Abby es una madre estupenda. Lo que tú no entiendes, Patricia, es que Robbie sólo tiene cuatro años.

—¿No me digas? Nick, es un niño muy mimado. Yo no tardaría nada en disciplinarlo. Te aseguro que mis alumnos saben comportarse...

—Tú das clases en un instituto, Patricia. Espera otros diez años y sabrá comportarse —suspiró Nick, abrazando a su hijo—. ¿Estás bien, cariño?

—Sí, papá.

—¿Tiene que llamarte así? —protestó Patricia—. Eso provocará todo tipo de rumores en el pueblo. Sería mejor que te llamase Nick.

Kate dio un paso adelante para decirle cuatro cosas, pero Nick la sujetó del brazo.

—No, Patricia. Robbie es mi hijo y no me avergüenza en absoluto. No lo he traído a casa para ocultarlo.

—La verdad es que no entiendo que lo hayas traído. ¡Y que la madre viva en tu casa es completamente absurdo! ¡La gente dirá que tenéis una aventura y eso es un insulto para mí! Aunque nadie creería que prefirieses a alguien que... que se ha abandonado a sí misma tanto como ella.

—¿No podrías pensar un poco antes de decir esas cosas? —le espetó Nick, furioso—. En dos minutos has conseguido insultar a Abby, a Robbie y a mí. ¿Alguna queja más?

Patricia abrió la boca y Abby contuvo el aliento.

—¡Ni se te ocurra decir nada!

—Muy bien, si no puedo decir nada, lo mejor será que me vaya. Nos vemos esta noche.

Y después, salió de la casa dando un portazo.

La cocina quedó en silencio, como si sus ocupantes quisieran estar seguros de que se había ido.

—¿Quién es esa señora, mamá? —preguntó Robbie.

—Va a casarse con tu padre, cariño —contestó Abby. Había intentado no creerlo, pero si Nick toleraba el comportamiento de Patricia, debía olvidarse de cualquier esperanza.

—No pensarás casarte con ella, ¿verdad? —exclamó su madre.

—¿Por qué no, mamá? Tú querías que saliera con Patricia. Pensabas que, siendo profesora sería una buena chica, que sabría cocinar y todas esas cosas...

—¡Pero eso no es lo más importante en un matrimonio! —protestó Brad—. ¡Te va a volver loco! ¡Nos volverá locos a todos!

Nick se encogió de hombros.

Abby tenía que decir algo. Y era el momento perfecto.

—Nick, Robbie y yo deberíamos buscar una casa en el pueblo. Si vivir aquí va a provocar estos problemas... Además, Patricia tiene razón. La gente del pueblo empezará a murmurar. No me importa que Robbie se quede contigo unos días, pero...

—¡No!

—Hijo, piénsalo —intervino Kate entonces—. Si Abby quiere alquilar una casa, no puedes impedirselo.

—No puedo, es verdad. Pero sí puedo pedir la custodia de Robbie.

—¡No! —gritó Abby—. ¡No puedes quitarme al niño!

—Entonces no pienses en marcharte. Además, tendrás que buscar un trabajo y.... si te quedas en el rancho, mi madre cuidará del niño.

—¡No puedes exigirle eso!

—¿Cómo qué no? Es mi madre. Y no he traído a Robbie aquí para llevarlo a una guardería.

—¡No, lo has traído aquí para que la guardería sea tu madre!

—Chicos, por favor. No pasa nada, Abby. Me encanta estar con Robbie. Además, supongo que el niño tendrá que ir al colegio.

—Sí, claro. Y es verdad que tengo que buscar un trabajo. Debo mandarle dinero a mi madre...

—No te preocupes por nada —la interrumpió Kate.

Pero Abby estaba preocupada. Los había llevado al rancho porque ella había tomado la decisión de no hablarle de su hijo y tenía que pagar esa deuda. Y ahora Kate tenía que pagar también.

Como un toro furioso, Nick se dirigió a la puerta. Pero se detuvo antes de salir.

—El lunes llevaremos a Robbie al colegio. Los dos.

Luego desapareció.

—¿Qué? ¿Qué ha querido decir con eso?

Kate le pasó un brazo por los hombros.

—Que irá contigo porque tiene miedo de que no les digas que él es su padre.

—Pero Patricia se subirá por las paredes...

—Sí, ¿verdad? —sonrió Kate Logan.

—¿Por qué pareces tan contenta? Yo no quiero que se enfade.

—Pero no es cosa tuya, es cosa de Nick. Si tiene que enfadarse con alguien, que se enfade con mi hijo.

—Pero...

—Cariño, ahora entenderás por qué te recibí con los brazos abiertos.

—¡Kate!

—Bueno, la verdadera razón es que te juzgué mal cuando salías con Nick y no sabes cómo lo siento. Pero también es porque no soporto a Patricia. Y no quiero que me hijo sea infeliz toda su vida.

—Yo no puedo hacer nada, Kate. Y no quiero que Nick pida la custodia de Robbie. Me da miedo perderlo...

—Tranquila, cariño. Eso no va a pasar. Pero creo que iré con vosotros el lunes al colegio... para evitar cotilleos.

De modo que eran cuatro personas en la camioneta de Nick el lunes por la mañana, dispuestos a apuntar a Robbie en el colegio de Sídney Creek. Y el niño no parecía muy contento, pensó Nick, mirando por el espejo retrovisor. Apretaba la mano de su madre en el asiento de atrás y tenía una expresión triste.

Antes, mientras desayunaban, le había preguntado si podía volver a su colegio en Cheyenne. Nick, con paciencia, le había explicado que estaba demasiado lejos... y Robbie le había asegurado que a su mamá no le importaría conducir.

Nick sonrió mientras aparcaba la camioneta frente al colegio de primaria.

—Vamos, Robbie. Ya hemos llegado —anunció, abriendo la puerta.

El niño vaciló, pero por fin dejó que su padre lo sacara del asiento de seguridad.

—¿Tú no vienes, mamá?

—Claro que sí, cielo. Y la abuela también.

Nick se dio cuenta de que a Robbie le caía bien, pero que se sentía más cómodo con su madre. Era lógico, claro.

Una vez dentro del colegio, Nick los llevó a la oficina de la directora.

—¡Nicholas Logan! ¿Se puede saber qué haces aquí? —exclamó la señora Andrews, que había sido profesora suya de pequeño—. ¿Y quién es este niño tan guapo?

—¿No lo sabe con sólo mirarlo? —sonrió Nick.

—Diría que es tu hijo si no supiera que no estás casado. ¡Hola, Kate! ¡Y Abby! Pero bueno, ¿esto qué es, una reunión familiar?

—He vuelto a Sídney Creek, señora Andrews. Y quiero que Robbie, mi hijo, estudie

aquí.

—Ah, estupendo. Pensé que no volvería a verte nunca. Me alegra mucho que hayas vuelto al pueblo.

—Lo que Abby no le ha dicho es que Robbie es mi hijo también, señora Andrews —intervino Nick entonces.

—Sí, eso está claro —sonrió la directora—. Bueno, Robbie, vamos a charlar un rato —añadió, ofreciéndole su mano. Pero el niño miraba a su madre sin saber qué hacer—. No te preocupes, ella viene también. Pero es demasiado alta para sentarse en mi mesa especial.

Eso despertó de inmediato la atención de Robbie. Y, sobre todo, el juego de construcción que había sobre la mesita.

—Esto me gusta.

—Ya lo veo. ¿Tenías juguetes como éstos en el otro colegio?

—Sí.

—Mira, tenemos de muchos colores. ¿Sabes qué color es éste?

—Rojo. Me gusta mucho el rojo.

—A mí también —sonrió la señora Andrews—. ¿Y éste?

—Éste es azul. El color favorito de mi mamá.

—Sí, ya me acuerdo. ¿Y este otro?

—Amarillo. Mi profesora dice que es el color del sol, pero el sol es naranja.

—Creo que tienes razón. ¿Y este otro de aquí?

—Verde. Como los árboles y la hierba... ¿sabe que la hierba se bebe el agua de la lluvia?

—Sí, lo sabía. ¿Quién te lo ha contado?

—Mi mamá. Me cuenta muchas cosas.

—Ah, entiendo. ¿Y te lee cuentos?

—Todas las noches. Y muchas veces por la tarde, porque en la televisión no ponen nada bueno.

—¡Ya sabía yo que había hecho un buen trabajo con tu madre! —rio la señora Andrews—. En fin, ¿quieres conocer a los niños de tu clase?

—¡Sí! ¿Tienen cachorros? Porque yo tengo un cachorro. Bueno, es una chica.

—¿En serio?

Robbie ni siquiera miró hacia atrás mientras se alejaba por el pasillo de la mano de la señora Andrews.

Pero Nick tenía el ceño fruncido:

—¿Ya está? ¿No tenemos que rellenar papeles?

—Lo haremos cuando vuelva, supongo. Pero no necesitamos a Robbie para eso.

—¿Va a quedarse aquí todo el día? Yo pensaba enseñarle los caballos.

—Sale del colegio a las dos, hijo —contestó Kate.

La directora volvió al despacho unos minutos después.

—Bueno, creo que está contento aquí. Tienes que cumplimentar estos papeles, Abby. Y, por cierto, has hecho un buen trabajo. Es un niño estupendo.

—Gracias, señora Andrews.

—¿Y yo? —preguntó Nick.

—Supongo que tú acabas de enterarte de su existencia o Robbie habría venido antes. Pero no te preocupes, todo irá bien. Es un niño muy simpático y no tendrá ningún problema para adaptarse.

—¿Cuántos alumnos hay en su clase? —preguntó Abby.

—Robbie es el sexto.

—¿Nada más? No sabía que fuera una clase tan pequeña.

—Sídney Creek es un pueblo pequeño.

—Quizá deberíamos educarlo en casa este año y traerlo el año que viene —sugirió Nick.

—¡No! —exclamaron Kate y Abby a la vez.

—Nick, ¿puedo preguntarte una cosa? —sonrió entonces la señora Andrews.

—Sí, claro.

—Pensé que estabas prometido con Patricia Atwell. ¿Sólo eran rumores?

—No —contestó él, mirándose las manos.

—Entonces, creo que es Abby quien tiene que tomar la decisión.

—¡Será posible! ¡Yo soy su padre y el niño está viviendo conmigo!

—Pensé que vivía con Abby —dijo la directora, mirando de uno a otro—. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Capítulo 4

ABBY se puso colorada.

—Verá, señora Andrews, ahora vivo en el rancho Logan hasta que pueda encontrar un trabajo y...

—¡De ninguna manera vas a llevarte a Robbie! —exclamó Nick.

La señora Andrews levantó una ceja.

—¿Puedo pedirte que vayas a tomar un café con tu hijo, Kate? Acabaremos enseguida.

A pesar de las protestas de Nick, Kate se lo llevó del despacho. Y Abby se preparó para una charla.

—Supongo que sabrás que eres tú quien debe tomar todas las decisiones sobre tu hijo, Abby. Nick no puede decidir ni imponer lo que quiere para él.

—Sí, lo sé, señora Andrews. El problema es que yo no le había dicho que teníamos un hijo y ahora... me siento culpable. No quiero que pida la custodia de Robbie.

—Ningún juez le daría la custodia, no te preocupes. Pero te entiendo. ¿Sabías que estaba prometido?

—No, me he enterado al llegar aquí. Y he conocido a la «encantadora» Patricia.

La señora Andrews soltó una risita.

—Sí, la verdad es que es un enemigo difícil.

—No voy a luchar contra ella por Nick, se lo aseguro. Lo que hubo entre él y yo... en fin, terminó hace mucho tiempo.

—Sí, pero seguro que a Kate le encantaría que Nick cortase con esa chica.

—Eso no es cosa mía. Yo sólo quiero estar con mi hijo.

La señora Andrews asintió con la cabeza.

—Sí, lo entiendo. En fin, vamos a terminar con el papeleo lo antes posible. Robbie saldrá del colegio a las dos. Ah, ¿tienes dinero para el almuerzo de hoy?

—Sí, claro.

—Puedes pedir una tarjeta con la que pagará todos los días, así Robbie no tendrá que traer dinero.

—Muy bien —Abby le dio dos dólares y firmó un cheque para la tarjeta—. Quiero darle las gracias por ser tan comprensiva, señora Andrews.

—Yo no estoy aquí para juzgar a nadie. Y si necesitas ayuda, no dudes en pedírmela.

La directora del colegio era un encanto, pero Abby dudaba que pudiese ayudarla con su problema.

Cuando Abby llegó al café, vio a Kate sentada frente a una mesa, sola. Nick no estaba por ninguna parte.

—¿Has perdido a tu hijo?

—Ha ido a comprar pienso al almacén. ¿Todo bien?

—Sí. La señora Andrews me ha dicho que no me preocupe, que todo irá bien. Kate... he pensado que, si Nick va a construir una casa para Patricia y para él, yo podría seguir viviendo contigo... pagando un alquiler, naturalmente.

—Me encantaría que te quedases. Y en cuanto al alquiler, ni lo pienses. No voy a cobrarle alquiler a la madre de mi nieto.

—Pero si encuentro un trabajo...

—¿Alguien está buscando trabajo? —oyeron entonces una voz.

El propietario del café, George Kirby, su antiguo jefe, estaba a su lado.

—¡George! ¿Cómo estás?

—Mejor ahora que te he visto, Abby. ¿Necesitas un trabajo?

—Sí, me temo que sí. He vuelto a Sídney Creek con mi hijo y tengo que mandarle dinero a mi madre.

—Bueno, a mí me vendría bien un poco de ayuda. Tenía un chico por las mañanas, pero se ha ido a la universidad.

—Yo necesito un trabajo de ocho a dos, las horas en las que mi hijo está en el colegio.

—Yo necesito a alguien de seis a dos. ¿Eso podría ser?

—Robbie puede ir al colegio en el autobús, con Matt —sugirió Kate—. Si le dejas la ropa fuera todos los días, no sería ningún problema. Yo le daré el desayuno, no te preocupes.

—Podrías trabajar aquí de forma temporal hasta que encuentres algo mejor —sonrió George—. Me han dicho que terminaste la carrera en Cheyenne.

—Sí, hice Administración de Empresas.

—Ah, entonces estarás aquí muy poco tiempo —rio el hombre—. Pero trabajar en el café no será un problema para ti, porque ya lo has hecho antes.

—Muy bien, acepto —sonrió Abby.

—Estupendo. ¿Puedes empezar mañana mismo?

—¿Tan pronto?

—Últimamente tengo que estar en la cocina y sirviendo. Me vendría bien que vinieras lo antes posible.

—Muy bien, George. De acuerdo. Y gracias por ponérmelo tan fácil.

—Eras una buena camarera, Abby. Espero que no se te haya olvidado.

—En fin, problema resuelto —sonrió Kate cuando el dueño del café volvió a la cocina—. La verdad es que aquí no hay mucho donde elegir. Por eso Julie se marchó a Cheyenne.

—Por cierto, ¿cómo le va?

—Sigue viviendo en un colegio mayor.

—¿Le interesaría realquilar mi apartamento?

—¿Cuánto cuesta el alquiler?

—Ochocientos dólares al mes. Pero si encontrase una compañera, sólo tendría que pagar la mitad. Lo que no quieran usar pueden guardarlo en cajas. Yo iré a Cheyenne dentro de una semana y me las traeré.

—La llamaremos en cuanto volvamos a casa. Mira, la verdad es que eso sería un alivio. Y me parece que una de sus amigas podría querer irse a vivir con ella.

—Estupendo.

—¿Qué es estupendo? —preguntó Nick, que acababa de entrar en el café.

—Abby va a realquilarle su apartamento a Julie. ¿A que es buena idea?

—Sí, genial.

A Abby no le pareció que eso lo alegrase mucho.

—Si no te parece bien que le alquile mi apartamento, puedes decirlo tranquilamente.

—Me da igual lo que hagas. ¡George, tráeme un café!

—Yo te lo traeré —suspiró Abby, levantándose para ir a la barra—. ¿George? Voy a servirle un café a Nick.

—¡Me parece muy bien!

—No tienes por qué hacerlo. George tiene una camarera.

—Sí, yo.

—¿Qué?

—Que George me ha ofrecido un trabajo y he aceptado.

—¡Eso es ridículo! ¡No fuiste a la universidad para acabar sirviendo cafés!

—Es lo único que hay en Sídney Creek. No pienso volver a Cheyenne sin mi hijo, Nick.

—Seguramente podrías encontrar trabajo en Pinedale...

—¿Y pasarme tres horas en la carretera todos los días? No, gracias.

—Abby, no puedes trabajar de camarera...

—Trabajando aquí podré ir a buscar a Robbie al colegio todos los días y tendré toda la tarde para estar con él.

—¿Y yo qué?

—Tú tienes mucho trabajo en el rancho y en una semana tendría que ir a buscarlo yo —intervino Kate—. Yo creo que Abby hace bien aceptando este trabajo. Además, es su madre.

—Quizá Robbie podría ir a casa de Patricia... y quedarse allí hasta que fuese a buscarlo —sugirió Nick.

—¡No!

—¿Por qué no?

—A Patricia no le gustan los niños y no...

—¡Claro que le gustan los niños! Es profesora de instituto.
Kate soltó una carcajada, pero disimuló enseguida.
—Da igual, Nick. Mi hijo no es responsabilidad de Patricia, es mi responsabilidad.
—También es la mía.
—Sí, pero tú no puedes dejar el rancho a las dos de la tarde.
—Esto no me gusta nada...
—Me da igual que te guste o no —lo interrumpió Abby, tomando un sorbo de café
—. Aggg. ¿Es así como sabe el café últimamente en esta casa?
—Me temo que sí. El pobre George no tiene tiempo para nada.
—Bueno, pues habrá que cambiar eso.
—¿Qué va a decir la gente cuando te vean trabajando de camarera? —insistió Nick.
Su madre hizo una mueca.
—Tengo la impresión de que se te están pegando las manías de Patricia. ¿Qué más da lo que piense la gente? He trabajado antes de camarera, no es ninguna deshonra.
—No os gusta mi novia —protestó Nick.
—Yo no tengo nada contra ella... mientras sea amable con Robbie.
—Claro que es amable con Robbie.
—¿Mientras recuerde que debe llamar a la puerta? —preguntó Kate.
—Queríamos quedarnos solos un momento, mamá.
Abby miró el reloj.
—Bueno, tengo que preparar las cosas de Robbie para mañana. ¿Podemos irnos?
—Yo estaba pensando tomar un pedazo de pastel —replicó Nick.
—Muy bien. ¿Qué clase de pastel?
—De manzana. ¿Y tú, mamá?
—Uno de nueces.
Cuando Abby fue a la barra para servir los pasteles, Kate se acercó para hablarle a su hijo al oído:
—Yo creo que Abby estará bien aquí. Al menos hará buen café y servirá a la gente con una sonrisa.
—Lamentará haber aceptado el trabajo, ya lo verás. No es fácil ser camarera.
—¿Crees que criar sola a un niño es fácil?
—No, mamá. Sé que tú lo has pasado muy mal...
—Yo no le he pasado mal. Quien lo ha pasado mal es Abby.
—Pero debería haberme dicho que teníamos un hijo. Yo la habría ayudado.
—¿Después de insistir en que se fuera a Cheyenne? Me parece que Abby no creía en tu amor después de eso. Y menos mal, porque ahora estás prometido...
—Oye, que yo no le hice ninguna promesa.
—Sí las hiciste. Prometiste casarte con ella.
—Abby sabía que no podía hacer nada. Papá había muerto y tú necesitabas ayuda. Así que hizo lo que tenía que hacer.

—Me parece a mí que hizo lo único que pudo hacer. Lo único que tú le dejaste hacer.

—Aquí están los pasteles —sonrió Abby mientras los dejaba en la mesa.

Entonces oyeron la campanita de la puerta. Dos clientes acababan de entrar en el café y Abby los saludó con una sonrisa.

—Buenos días. ¿Qué quieren tomar?

—¿Qué hace? —murmuró Nick.

—Ayudar a George. ¿Tú qué crees que está haciendo?

—George debería haber salido de la cocina para atenderlos.

—No tiene camarero a esta hora.

—Cómete el pastel enseguida, mamá. Tenemos que sacar a Abby de aquí cuanto antes.

—Pero si está perfectamente.

—Ese hombre está tonteando con ella.

—Bueno, así le dará una buena propina.

Nick se levantó, airado.

—Abby, tenemos que irnos.

—Espera un momento —dijo ella, anotando el pedido en un cuaderno—. Voy a pasarle esto a George. Él les servirá en cinco minutos.

Después de darle el pedido, se acercó a la mesa para llevarse los platos.

—Nick, ¿pagas tú?

—Sí, claro —murmuró él, sacando un billete de diez dólares—. Quédate con el cambio.

Abby miró a Kate, pero ninguna de las dos dijo nada. Luego fue a la caja y colocó la vuelta sobre un platito, que dejó sobre la mesa.

Nick no volvió a decir una palabra hasta que llegaron a la camioneta.

—¿Por qué no te has quedado con el cambio?

—Porque hoy no estaba trabajando. Empiezo mañana.

—Pero la propina era para ti.

—No necesito caridad, Nick. He demostrado que puedo cuidar de mí misma y de mi hijo sin tu ayuda.

—¡Maldita sea, Abby! Sé que te debo mucho por todos estos años, pero no tienes que restregármelo por la cara.

—No pasa nada, hombre. Estoy viviendo en tu casa y Robbie ha conocido por fin a su familia. Eso es lo único que importa.

Nick se aclaró la garganta.

—Gracias. Eres muy generosa.

Se preguntó entonces si podrían mantener una relación de amistad. Si todo podría volver a ser como antes.

Durante la cena, Robbie no dejaba de hablar de su primer día en el colegio. Abby estaba encantada. Ella sabía que el primer día siempre era el más difícil, fuese en un trabajo, en una nueva ciudad o en un colegio. Pero su hijo parecía feliz.

—Me alegro mucho de que lo hayas pasado tan bien. Pero quizá deberías darles una oportunidad a los demás... para que hablen un poco, cielo.

—Ah, perdón —sonrió el niño.

—Matt, ¿qué tal el día?

—Bien. Bueno, mejor que bien, he sacado un sobresaliente en Matemáticas.

—¡Pero eso es estupendo!

—Estoy muy orgullosa de ti, hijo —sonrió Kate.

—Es un buen ejemplo para Robbie. Además, así podrás ayudarlo cuando llegue al instituto.

—Su padre no puede ayudarlo con nada, ¿no? —murmuró Nick entonces, enfadado.

—Sí, hombre, claro que puedes. Pero si Patricia y tú vais a vivir en otra casa... no creo que sea tan fácil.

Nick dejó el tenedor sobre el plato.

—Un momento. ¿Quién ha dicho que me voy de aquí?

—Pero yo pensé...

—Yo no he dicho que vaya a construir otra casa. Ella quiere que lo haga, pero ésta es suficientemente grande para todos.

—Si encuentro una casa en el pueblo, ¿dejarás que me lleve a Robbie cuando te cases con Patricia? —preguntó Abby entonces.

—Nadie va a decirme cómo o dónde tengo que vivir...

—Bueno, a ver, tenemos que lavar los platos —los interrumpió Kate—. Abby tiene que bañar a Robbie y no hay tiempo para discusiones. Así que vamos a establecer un calendario. Por las noches, dos de vosotros me ayudaréis con los platos para que no tenga que hacerlo todo yo sola.

Los chicos protestaron, pero Nick los interrumpió con un gesto.

—Mamá tiene razón. Matt y yo haremos el turno de esta noche, pero mañana le toca a Brad y Jason, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —asintió Brad, levantándose a toda prisa.

—Yo también podría ayudar, Kate —se ofreció Abby.

—No, tú tienes que bañar al niño. Además, a partir de mañana estarás muy cansada.

—Gracias, Kate. Y a vosotros también —sonrió ella, tomando a Robbie en brazos.

Nick se levantó y le tiró un paño a su hermano.

—Venga, a trabajar.

Treinta segundos después, sonaba el teléfono.

Capítulo 5

NICK contestó y Matt y Kate supieron enseguida que no iba a poder ayudar. Porque quien llamaba era Patricia.

Matt limpió los platos con una servilleta de papel y Kate, después de haberlos colocado en el lavavajillas, empezó a pasar el cepillo por el suelo. Los dos oyeron que Nick colgaba el teléfono de golpe, pero ninguno de los dos preguntó nada.

— Dame el cepillo, mamá. Al menos puedo hacer eso.

— No hace falta, hijo. Ya lo harás mañana.

— Sí, claro. Por cierto, lamento que no se me haya ocurrido esto antes. Todos estos años te ha tocado a ti limpiar y...

— No te preocupes. No pasa nada.

— Mamá... ¿puedo hacerte una pregunta?

— Claro.

— ¿Qué te parece Patricia?

Kate apartó la mirada.

— Da igual lo que yo piense, hijo. Lo que importa es lo que sientas tú. Eres tú quien tendrá que vivir con ella, tener hijos con ella... Pero, en fin, eso no es cosa mía.

— Lo será si vivimos aquí.

Su madre dejó escapar un suspiro.

— Sí, supongo que entonces sí será cosa mía. No estoy segura de que Patricia... en fin, de que sea capaz de llevarse bien con todo el mundo.

— Ella insiste en que debo construir una casa nueva.

— Entiendo.

— Pero le he dicho que, si hiciera eso. Robbie vendría a vivir con nosotros.

— ¿Y qué derecho tienes a decir eso?

— Robbie es mi hijo...

— Y también es hijo de Abby.

— Patricia ha sugerido que Abby podría vivir con nosotros también. La verdad, me ha sorprendido.

— No me extraña.

— Claro que enseguida he sabido por qué. Se ha enterado de que Abby iba a trabajar de camarera en el café... y ha pensado que podría ser nuestra criada.

— ¿Cómo dices? —exclamó su madre.

— Supongo que espera que Abby se ponga furiosa, que se niegue a dejarnos vivir con el niño. De esa forma, ella queda bien y Abby queda mal.

— ¡Pero bueno...!

—Mamá, no puedo prometerle una casa nueva. Ni siquiera sé si quiero hacerlo.

—Ya, claro. Entonces haré lo posible por llevarme bien con ella.

—Sé que lo harás, mamá.

—Pero no te garantizo que vaya a salir bien. No me gusta la gente que se queda sentada mientras los demás trabajan.

—¿Como tus hijos, por ejemplo?

—Tonterías. Tus hermanos y tú trabajáis mucho en el rancho. Aunque no me importa que me ayudéis de vez en cuando...

Cuando estaba terminando la frase Robbie entró en la cocina como una tromba para darles las buenas noches.

—Papá, no sabía que estuvieras aquí.

—Estoy ayudando a la abuela, hijo —sonrió Nick, mostrándole el cepillo.

Abby entró detrás del niño.

—Pensé que estarías viendo la televisión, Kate. ¿No ponen esta noche tu programa favorito?

—¡Ay, sí, casi se me olvida! Dame un beso, Robbie, cariño. Me voy a ver la tele.

—¿Puedo ver la tele contigo, abuela?

—Venga, Robbie. Ya sabes que tienes que irte a dormir —rio Abby—. Dale un beso a tu padre.

Nick tomó al niño en brazos.

—Yo te llevaré a la cama.

—¿No estabas barriendo la cocina? —le recordó Abby.

Él se encogió de hombros.

—Puedo barrerla más tarde, ¿no?

Robbie parecía tan contento que Abby decidió no entrometerse. Nadie lo había arropado nunca más que ella, pero quizá debería acostumbrarse a que, ahora, tenía un padre y una madre.

—Puedes venir con nosotros —sugirió Nick.

—¿No me digas?

—Mami, ¿me das un beso? —suspiró el niño, una vez en su camita.

Abby se inclinó para abrazarlo, tan pequeñito, tan suave.

—Matt vendrá a despertarte por la mañana y la abuela te dará el desayuno. Pero vístete antes de ir a la cocina, ¿eh? Y luego te lavas los dientes y te peinas antes de subir al autobús con Matt, ¿vale?

—Bueno.

—Yo iré a buscarte al colegio a las dos. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mami.

«Mami». Era increíble cómo esa sencilla palabra podía encogerle el corazón.

Acababan de salir al pasillo cuando Nick se volvió.

—¿Por qué va a ir al colegio con Matt?

—Porque yo empiezo a trabajar a las seis de la mañana.

—¿Qué?

—Ése es el horario de George. Pero iré a buscarlo al colegio —suspiró Abby.

—En caso de que se te haya olvidado, Robbie es mi hijo...

—¿Cómo se me va a olvidar? —lo interrumpió ella.

—Yo lo vestiré, yo le daré el desayuno, yo comprobaré que se lava los dientes y yo lo llevaré al colegio —siguió Nick.

—Bueno, si eso es lo que quieres...

—¿Quieres que te despierte mañana?

—No, gracias. Tengo un despertador. En fin, mañana me levanto muy temprano, así que me voy a dormir.

Nick no se movió. Se quedó donde estaba, mirándola a los ojos. Abby pensó que iba a decir algo, pero al final se alejó hacia la cocina sin decir nada.

Abby fue a su dormitorio, cerró la puerta y se apoyó en ella. Respirando profundamente, intentó calmar los latidos de su corazón. Porque desde que se lo había ofrecido, en lo único que podía pensar era en la voz de Nick Logan despertándola por la mañana.

Eso le recordaba el tiempo pasado...

Un tiempo que no volvería a repetirse nunca más.

Suspirando, se puso el camisón. Iba a ser una noche muy larga.

—Siempre llegabas puntual cuando eras una cría.

George miró su reloj mientras cerraba la puerta del café.

—Lo intento, George —sonrió ella, disimulando un bostezo. Apenas había dormido una hora en toda la noche y George no parecía mucho más espabilado. No se había afeitado y llevaba la camisa mal abrochada.

—¿Por qué no subes a tu casa un momento y te arreglas? Yo me encargo de todo, no te preocupes.

—Gracias, hija.

Cuando George bajó por fin, Abby había hecho café, tenía magdalenas en el horno y estaba sacando el beicon y los huevos de la nevera.

—Este café es mucho mejor que el que yo hago.

—Gracias, George. Aprendí del mejor —sonrió ella.

—Me parece que se me ha olvidado cómo hacerlo —suspiro el hombre—. Se me han olvidado muchas cosas.

George estaba haciéndose mayor y Abby imaginó que debía de estar agotado.

—Puedo copiar algunas de las recetas para refrescarte la memoria.

—Sí, eso estaría bien. ¿Sigues haciendo el rollo de carne?

—Pues claro. Es el plato favorito de mi hijo.

—Pues ésa también me hace falta.

En ese momento entraron cuatro hombres en el café.

—¿Qué huele tan bien? —preguntó uno de ellos.

—El café —contestó George—. Lo ha hecho Abby.

Unos minutos después, el local estaba lleno de clientes y Abby no pudo parar un momento. No dejaron de servir hasta las nueve, cuando por fin tuvo tiempo de desayunar.

—No puedo creer que hayas estado haciendo esto tú solo, George.

—Tenía un chico, pero se marchó a la universidad, como todos —suspiró el hombre—. Pero tengo a Ellen, la otra camarera, a partir de la una.

Alrededor de las doce empezaron a llegar clientes para comer. En los pueblos como aquél, la gente comía muy temprano porque se levantaban al amanecer. Y, de nuevo, Abby tuvo que ponerse en marcha.

Estaba limpiando una mesa, de espaldas a la puerta, cuando Nick entró con su hermano Brad. Afortunadamente, Ellen, la camarera de la tarde, ya había llegado.

—¿Qué queréis tomar? —les preguntó, cuaderno en mano.

—No te ofendas, Ellen, pero prefiero que nos atienda Abby.

—Ella está atendiendo las mesas de la derecha. Pero no te preocupes, Nick, no te voy a envenenar.

—Gracias de todas formas. Vamos a sentarnos en otra mesa, Brad.

Brad siguió a su hermano, atónito.

—¿Qué intentas hacer? ¿Dejarle claro a todo el mundo que Abby es propiedad privada?

—Quiero que me atienda ella, nada más. Si quieres volver a la otra mesa, hazlo.

Abby apareció entonces con lápiz y cuaderno.

—Buenas tardes... ah, hola. No sabía que vendrías al pueblo a estas horas.

—Es que he tenido que... atender unos asuntos —dijo Nick—. ¿Cómo estás?

—Agotada, pero bien. ¿Qué queréis tomar?

—¿Has hecho tú el café?

—Sí, claro.

Después de tomar el pedido, Abby se alejó hacia la cocina.

—Deja de mirarla con esos ojos de cordero degollado. La gente se va a dar cuenta —lo regañó su hermano.

—Es que parece agotada. Este trabajo es muy duro.

—Pues a mí me parece que está estupendamente. Es más rápida que Ellen.

—Sí, ya. Pero casi todos los hombres están sentados en esta zona —murmuró Nick.

—¿Y qué? Seguramente le darán buenas propinas.

—Eso dijo mamá.

—Nick, deberías conocer mejor a Abby. Es una chica muy trabajadora, haga lo que haga.

—Sí, ya.

Abby volvió enseguida con el pedido.

—Ellen se encargará de vosotros. Voy a meterme en la cocina un rato.

—¿Por qué cocinas tú? ¿Dónde está George?

—Está ocupado y yo también —contestó ella, antes de alejarse.

Nick iba a levantarse, pero Brad lo tomó del brazo.

—¿Dónde vas? No puedes seguirla a todas partes. ¡Deja que haga su trabajo!

—¿Por qué no quiere hacerme caso? —suspiró él.

—¿De qué estás hablando?

—Le dije que esto sería demasiado duro para ella.

—¿Estás loco? Abby está en su elemento.

—Pero tiene que cocinar y atender las mesas... es ridículo.

—Pues ella no parece pensar lo mismo.

—¿Cómo va a llegar a tiempo al colegio de Robbie?

—Seguro que se las arregla.

—Me parece que voy a quedarme hasta que salga.

—Pues entonces que te lleve ella a casa. Yo tengo que irme a trabajar.

—Muy bien. Me iré con Abby.

—Genial. Yo me voy en cuanto termine de comer... y pagas tú, por cierto.

—Sin problema.

—Gracias por todo, Abby.

—De nada, George —sonrió ella, quitándose el delantal—. Bueno, me voy a buscar a mi hijo al colegio.

Cuando salió de la barra, comprobó que Nick seguía en el café.

—¿Qué haces aquí?

—Brad ha tenido que marcharse, así que tendrás que llevarme a casa.

—Ah, ya. No estarás vigilándome, ¿verdad?

—Pues claro que no.

—No, claro que no —murmuró Abby, suspicaz.

Unos minutos después estaban frente a la puerta del colegio.

—Robbie estará esperándome dentro. Vuelvo enseguida.

Mientras atravesaba la verja, sentía los ojos de Nick clavados en su espalda. No era la primera vez y la ponía muy nerviosa. ¿Por qué la miraba así?

—¡Mamá! —gritó Robbie, corriendo hacia ella.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el colegio?

—¡Genial! He hecho un examen y la profesora me ha dicho que soy muy listo.

—Pues claro que lo eres, cielo mío —rió Abby—. ¿A que no sabes quién está esperando en el coche?

—¿La abuela?

—No, tu papá.

—¿De verdad? Pensé que tenía que trabajar en el rancho.

—Normalmente, sí. Pero hoy tenía que venir al pueblo para... solucionar unos asuntos.

Robbie corrió por la acera. Nick había salido del coche y lo tomó en brazos para tirarlo al aire.

A Abby se le encogió el corazón. Si alguien los estaba observando pensaría que eran una familia, una familia de verdad. Para Abby, eso sólo era un sueño. Un sueño de lo que podría haber sido... pero no lo había sido. No lo sería nunca.

Gracias a Patricia.

Como si pensando en ella la hubiese conjurado, Patricia Atwell apareció entonces, llamando a Nick con su voz chillona.

—¿Habías quedado aquí con ella? —preguntó Abby.

Nick negó con la cabeza.

—Espera un momento —murmuró, acercándose a su prometida, que le echó los brazos al cuello y le dio un beso de tornillo allí, delante de todo el mundo.

El beso afectó a Abby más de lo que había esperado. Aunque sabía que estaban prometidos, verlos así era... muy desagradable.

—¿Qué hace papá? —preguntó Robbie.

—Está hablando con su novia, cariño. Volverá enseguida.

—No me gusta —dijo el niño entonces.

—No le digas eso a tu padre, cielo —suspiró ella, metiendo al niño en el coche—. Bueno, cuéntame qué has hecho en el colegio.

—Tengo un amigo. Se sienta conmigo en el autobús y se llama Johnny.

—Ah, qué bien.

—¡Aquí viene papá! —anunció Robbie entonces.

Nick subió al coche.

—Perdona, es que Patricia pensaba que había venido a verla...

—¿A estas horas? ¿No sueles estar en el rancho?

—Sí.

Abby no quería hablar de Patricia, de modo que decidió dejar el tema.

—Robbie tiene un amigo nuevo que se llama Johnny.

—¡Su hermano es amigo de Matt!

—Ah, debe de ser de la familia Crawford. Se me había olvidado que tenían un niño de la edad de Robbie.

—A lo mejor Johnny querría ir un día al rancho a jugar contigo —sugirió Abby.

—¡Sí! —exclamó el niño, entusiasmado.

—Tú deberías descansar un poco —dijo Nick entonces.

—Estoy perfectamente, no te preocupes.

—Pero en Cheyenne no estabas de pie todo el día. Y, además, ganabas más dinero.

—Sí, bueno, no creas.

—¿Necesitas dinero? ¿Tienes problemas económicos?

—No, no pasa nada. Pero es que no estábamos pasando por un buen momento...

—¿Robbie necesita algo?

—No, gracias.

—Robbie, ¿tienes botas de montar?

—No—contestó el niño.

—Pues vamos a tener que comprarte unas botas. El sábado vendremos al pueblo, a ver qué encontramos.

—¿Y entonces seré un vaquero como tú?

—Sí, hijo. Y tendremos que comprarle unas botas a tu madre también.

—No, gracias —dijo Abby.

—Cuando se vive en un rancho, hay que tener unas buenas botas —insistió Nick.

—Pero si hace siglos que no monto a caballo...

—Lo haremos este fin de semana. ¿Quieres aprender a montar, Robbie?

—¡Sí! —gritó el niño.

—Bueno, ya veremos —murmuró Abby. Pero le gustaba que Nick y su hijo se llevaran tan bien.

Cuando llegaron al rancho, y después de darle un beso a su abuela, Robbie corrió a su habitación para jugar.

—¿Por qué no estás trabajando, Nick? Pensé que tenías que atender al ganado.

—Sí, bueno, decidí ir a buscar a Robbie con Abby.

—Y se ha encontrado con Patricia —añadió ella.

—¿A estas horas? Pues debe de haber sido una sorpresa para ella.

Nick no contestó.

—Va a venir esta noche.

—¿A cenar? —preguntó su madre.

—No lo sé. No me ha dicho a qué hora.

—Ah, como siempre —murmuró Kate.

—Kate, por cierto, ahora que estoy ganando dinero... podría pagarte algo por la comida y...

—No, de eso nada. Ya te dije que no pensaba aceptar dinero de la madre de mi nieto.

—Pero...

—No vas a pagar alquiler en mi casa —intervino Nick—. Ésas son las normas, Abby. Y si no estás de acuerdo, puedes irte. Pero no dejaré que te lleves a Robbie.

Capítulo 6

—¡NICK, eres imposible! No puedes decirme lo que puedo o no puedo...

Pero Nick salió de la cocina sin decir una palabra más.

—Venga, Abby, vamos a tomar un café —sugirió Kate—. Así hablaremos un rato.

—Muy bien —suspiró ella.

—Mira, podemos mantener esto entre nosotras. Sé que tienes tu orgullo y, si insistes, puedo aceptar que pagues algo. Sé que no te encontrarías cómoda de otra forma. Pero no más de cien dólares al mes.

Abby sonrió.

—Gracias por ser tan comprensiva, Kate. Pero tengo que pagar más que eso. Yo sé lo que cuestan el alquiler, la comida y...

—Pero eres parte de la familia, cariño. Aunque Nick no vaya a casarse contigo, eres la madre de mi nieto. Venga, ve a descansar un rato. Debes de estar agotada.

—No, estoy bien. Podríamos hacer la cena juntas.

—De eso nada. No puedes ponerte a cocinar ahora. Llevas haciéndolo todo el día.

—Pero tienes que dejar que haga algo. Haré la cena esta noche y veremos si te gusta la receta. Ah, y le he prometido a Robbie que su amigo Johnny Crawford podrá venir a jugar con él un día de éstos. ¿Te parece bien?

—Claro, cuando quieras. Johnny es un niño muy bueno.

—Muy bien. Llamaré a su madre para hablar con ella.

Durante el resto de la tarde, Abby estuvo copiando recetas para George mientras Kate hacía un pastel de chocolate. Y una hora antes de cenar, se levantó para hacer una enchilada de verduras.

Matt y Jason habían vuelto del instituto y estaban haciendo los deberes. Robbie fingía tener deberes que hacer también, sentado al lado de su tío Matt.

Cuando estaban poniendo la mesa, un coche se detuvo en la puerta y Kate se acercó a la ventana.

—Oh, no, es Patricia.

—No te preocupes. Hay enchilada para ella también.

—Ya, pero la cena no es nada divertida cuando viene ella —suspiró Kate—. ¡Jason, ve a buscar a tus hermanos al establo! La cena está lista.

—Buenas noches, Jason —lo saludó Patricia, como si estuvieran en un salón de té. El chico se limitó a asentir con la cabeza.

—Hola, Patricia —la saludó Kate—. Nick está en el establo, pero vendrá enseguida.

—Muy bien. Ah, vaya, no sabía que llegaba a la hora de la cena. Espero no

molestar.

— Hay comida para todos, no te preocupes. Siéntate.

— Bueno, eso depende de Nick. Quizá prefiera que cenemos solos.

— Nick sabe que, si quiere cenar, tiene que hacerlo en la cocina — replicó Kate.

Abby había hecho dos bandejas de enchiladas y puso una sobre la mesa mientras dejaba la otra en el horno. Kate terminó de hacer la ensalada. Patricia, por supuesto, se sentó tranquilamente, sin ofrecerse a echar una mano.

— Mira, mamá, he hecho un dibujo de toda la familia — anunció Robbie, entrando en la cocina.

— ¿Dónde estoy yo? — preguntó Patricia.

Robbie miró a su madre, asustado.

— Me temo que hay mucha gente nueva para el niño. Parece que se le ha olvidado dibujar a los futuros miembros — contestó Abby.

— ¡Pues tendrá que aprender! — le espetó Patricia.

Robbie se apretó contra la pierna de su madre, aterrado.

— ¿Qué pasa, Robbie? — preguntó Nick, entrando en la cocina.

El niño señaló a Patricia con la mano.

— ¿Qué le has dicho a mi hijo?

— No le he dicho nada...

— Ha hecho un dibujo de toda la familia, pero yo no estoy. ¡No sabe que yo también soy de la familia! — protestó Patricia.

— No creo que eso sea una catástrofe.

— Bueno, chicos, sentaos — ordenó Kate, cuando el resto de sus hijos entraron en la cocina.

La cena fue diferente aquella noche. Patricia criticaba abiertamente todo lo que Abby había preparado, pero ella no mordió el anzuelo. No pensaba darle el placer de empezar una pelea.

— Abby ha aprendido mucho desde que nos conocimos — sonrió Nick—. La primera vez que cocinó hizo salchichas en una hoguera. ¿Te acuerdas, Abby?

— Sí, claro que me acuerdo — contestó ella, sin mirarlo a los ojos. Habían ido a caballo hasta el prado esa tarde y luego se habían tumbado en una manta, sobre la hierba. Con sus besos, Nick había encendido un fuego en su interior que podía competir en ardor con la hoguera. Más tarde, Abby había hecho unas salchichas mientras él la abrazaba por detrás...

Nunca olvidaría aquel día. Fue entonces cuando supo que estaba enamorada de Nick.

— A mí no me gustan las meriendas al aire libre — anunció Patricia—. La comida se llena de hormigas.

Abby miró a Nick sin decir nada. Pero enseguida se dio cuenta de que había cometido un error. Porque él la estaba mirando también, con los ojos brillantes, como

recordando.

—Una pena. Comer al aire libre es estupendo.

—Pero podría hacer la cena para todos el sábado —dijo Patricia entonces.

—Me parece una idea estupenda —sonrió Kate. Todos la miraron, estupefactos—. Será genial cenar algo «elegante» para variar.

—Me alegra que alguien aprecie mi idea de la gastronomía. ¿Lo has oído, Nick? Voy a cocinar para todos el sábado.

—Muy bien, si eso es lo que quieres. Yo tengo que llevar a Robbie al pueblo el sábado para comprarle unas botas, pero volveremos antes de la cena.

—Pero puedes comprarle las botas otro día. Me gustaría que me hicieras compañía mientras cocino...

—Volveremos pronto, no te preocupes. Además, yo no le hago compañía a mi madre o a Abby mientras cocinan.

—¡Pero no esperarás que haga la cena yo sola, sin ayuda de nadie!

—Ellas lo hacen todos los días.

—Muy bien. Vendré a las dos entonces, ¿te parece bien, Kate?

—¿A las dos, tan temprano?

—Necesito tiempo.

—Muy bien, ven a la hora que quieras —sonrió la madre de Nick—. Voy a traer el pastel de chocolate.

Como todos esperaban, Patricia no quiso probar el pastel, pero fue la única.

Luego, sin decir nada más, se levantó y le pidió a Nick que la acompañase al coche. Como siempre, sin ofrecerse a quitar la mesa siquiera.

—¿No vas a ayudarnos a limpiar todo esto?

—Pues... no. Pensé que la regla era que el que cocina lava los platos.

Kate y Abby intercambiaron una mirada. De modo que el sábado podrían ver la televisión después de que Patricia hubiera hecho su «elegante» cena.

—Menos mal que hoy le toca a Jason y a Brad —sonrió Matt.

—Abby, ve a bañar a Robbie —sonrió Kate—. Tienes que irte a la cama temprano.

—Sí, es verdad. Vamos, Robbie. Hora del baño.

—Bueno, pero no me gusta que venga esa señora a cenar —dijo el niño.

—Es la novia de tu padre, cielo.

Nick entraba un minuto después en la cocina.

—Qué rápido —dijo Brad.

—Sí, ya. ¿Dónde está Robbie?

—Bañándose.

—Tengo que hablar con él.

—¿Por qué? El niño no ha hecho nada malo.

—Ya sé que no ha hecho nada malo, tonto. Sólo quiero asegurarle que es así.

—Ah, ya.

Nick llamó a la puerta del baño con los nudillos.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

—Me gustaría hablar con el niño un minuto.

—¿Para qué? —preguntó Abby.

—Quiero que sepa que no ha hecho nada malo. Es Patricia la que no sabe comportarse.

—Ya, bueno...

—¿Puedo quedarme a solas con él un momento?

—¿A solas?

—No te preocupes, no voy a dejar que se ahogue.

Abby levantó los ojos al cielo.

—No pienso irme de aquí.

—Muy bien, como quieras. Hola, Robbie.

—Hola, papá —dijo el niño, que estaba jugando con una esponja.

—Sólo quería decirte... que es normal que no hayas pintado a Patricia en el dibujo.

Aún no es parte de la familia.

—¿Va a ser parte de la familia?

—Le he pedido que se case conmigo...

—¿Entonces va a ser mi mamá? —exclamó Robbie, horrorizado.

—No, cariño. Yo seguiré siendo tu mamá. Patricia será tu madrastra, aunque no creo que quiera que la llames así.

—¿Cómo tendré que llamarla?

Abby miró a Nick.

—Seguramente querrá que la llames Patricia.

—O señora Logan —murmuró Abby.

—Venga, por favor, no es tan mala.

—Ya veremos. El asunto, cariño, es que yo soy tu mamá y lo seré siempre. Pase lo que pase.

—Ah, bueno.

Poco después, con Robbie ya en pijama, Abby le dijo que fuese a darle las buenas noches a su abuela y el niño salió corriendo por el pasillo.

—Es muy alto para su edad, ¿verdad?

—Sí, en eso se parece a ti.

Nick asintió con la cabeza.

—Abby, quiero darte las gracias... por todo. Has cuidado de Robbie durante cinco años sin pedirme ayuda para nada...

—Pero tampoco te hablé de él.

—Sí, lo sé. Pero he decidido que no puedo culparte por eso. Supongo que no te di muchas opciones.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Por qué dices eso ahora?

—Porque me he dado cuenta de que no pudo ser nada fácil para ti. Y quiero que sepas que te agradezco mucho... lo bien que has criado a nuestro hijo.

—No lo hice por ti, lo hice por Robbie.

—Sí, lo sé. Pero si algún día necesitas ayuda para algo, por favor, no dudes en pedírmela.

—No creo que a tu nueva esposa le haga mucha gracia. Será mejor que le preguntes a Patricia.

Nick apretó los dientes.

—¿Crees que mi mujer va a dirigir mi vida?

Abby no quería mantener esa conversación en aquel momento, pero sabía que tendría que ocurrir un día u otro.

—Creo que lo intentaré, sinceramente. Y yo no quiero ser un problema entre vosotros. He vivido sola con Robbie durante cinco años y estoy segura de que puedo seguir haciéndolo.

—Pero no hay razón para que lo hagas. Yo puedo ayudarte.

—No, no puedes. Tú te debes a Patricia.

Robbie apareció corriendo en ese momento.

—¿Me llevas a la cama, papá?

Nick tomó a su hijo en brazos para llevarlo a su habitación. Pero dejó que Abby lo arropase y le leyera un cuento, sin decir una palabra.

—¿Abby? —la llamó después, cuando salieron al pasillo.

—Me voy a la cama, Nick. Estoy muerta de sueño.

—Lo sé. Pero no tienes por qué trabajar...

—Me gusta trabajar. ¿Por qué te molesta tanto que trabaje en el café?

—Tienes un título universitario. No tienes por qué trabajar como camarera.

—Por el momento, parece que no hay otra cosa.

—Pero es como si fueras hacia atrás...

—No te preocupes por mí, Nick. Ya encontraré mi camino.

—¿No podemos hablar de ello?

—¿Qué tenemos que hablar?

—Yo puedo cuidar de ti y de Robbie. Ésa es mi obligación.

—Ya hemos hablado de esto, Nick. Tú vas a casarte con Patricia y yo he seguido adelante con mi vida.

—¿Has tenido novios? ¿Robbie ha tenido «tíos»?

Abby se irguió, enfadada. Esa era una conversación que había jurado no tener nunca con Nick Logan. Desde el nacimiento de Robbie no había tenido tiempo para nada. Y menos para buscar novio.

—Eso no es asunto tuyo —dijo, sin embargo.

—Yo creo que sí. Es mi hijo. ¿Ha habido otros hombres en tu vida?

—¿No hay otra mujer en la tuya?

—¿Te ha besado otro hombre, Abby?

Ella apretó los dientes.

—De modo que no —dijo él entonces—. Nadie más que yo te ha besado —murmuró, acercándose un poco más, mirándola a los ojos como antes...

—Yo no he dicho eso. Y no me apetece hablar del asunto —replicó Abby, entrando en su habitación y cerrando la puerta.

Pero iba a ser imposible pegar ojo aquella noche.

Nick se quedó mirando la puerta, en silencio. ¿Qué más podía decir? Tenía razón sobre Patricia. Ella no dejaría que los ayudase.

Si se casaba con ella.

Había creído que Abby estaba fuera de su vida, pero... no era así.

Su madre había insistido en que saliera con Patricia y él había aceptado, como un tonto. Era una chica guapa, educada. Cuando empezaron a salir se mostraba encantadora, pero en cuanto le pidió que se casara con él... entonces apareció la verdadera Patricia Atwell.

Y no podía seguir engañándose a sí mismo por más tiempo.

Ver a Abby de nuevo había hecho que se diera cuenta de los defectos de su prometida. Todo lo que no había querido ver antes.

Ahora, ni él ni su madre estaban precisamente contentos con esa elección.

Había encontrado a Abby de nuevo. Y a su hijo.

Nick no sabía qué hacer. ¿Seguir adelante con sus planes o recuperar sus sueños?

El tiempo pasaba y tenía que tomar una decisión. Había llegado la hora de la verdad.

Cuando volvió a la cocina la encontró vacía. Suspirando, se sentó frente a la mesa, pensativo.

—¿Estás bien?

Era su madre.

—Sí, mamá. Estaba pensando.

—¿Necesitas compañía?

—No. Tengo que tomar una decisión importante.

Kate Logan era una mujer inteligente. Y muy perceptiva. Aquella vez, su consejo fue muy claro:

—No elijas a la que va a hacerte infeliz para el resto de tu vida, hijo.

Luego se volvió y salió de la cocina sin decir nada más.

Capítulo 7

HABÍA cola en la puerta del café cuando abrieron a la mañana siguiente. Abby se sentía como en casa y George estaba encantado de haber recuperado a sus antiguos parroquianos.

A las ocho, y a juzgar por la cantidad de platos sucios que había sobre la barra, aquello iba como la seda.

—Vamos a necesitar a otra persona para los desayunos como esto siga así —sonrió Abby.

—Sí, es verdad. Y creo que conozco a alguien que puede echarnos una mano.

Veinte minutos después, Kate aparecía en el café.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Abby.

—Vengo a ayudar. ¿Tenéis otro delantal?

—Pero Kate...

—Le dije a George que podría echarle una mano si era necesario y, por lo visto, me necesitáis.

Cuando Abby salió del café, a las dos, estaba exhausta. Pero ver a Robbie la animó enseguida, como siempre. Pasara lo que pasara en su vida, la presencia de su hijo era como un bálsamo.

Cuando Nick entró en la cocina del rancho, una hora después, estaba copiando recetas para George.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —le preguntó ella.

—No nos hemos llevado cantimploras y estamos muertos de sed. ¿Dónde está mi madre?

—Me parece que se ha echado un rato.

Nick la miró, sorprendido.

—¿Que se ha echado un rato?

—Es que ha estado trabajando en el café porque nos faltaba personal...

—¿Qué? ¿Se lo has pedido tú?

—No, claro que no. Pero, aunque se lo hubiera pedido, tu madre podría haber dicho que no. George la llamó sin decirme nada.

—No me gusta que utilices a mi madre...

—¡Yo no estoy utilizando a nadie! ¿Por qué dices eso?

—Porque mi hijo es así, Abby —oyeron la voz de Kate en el pasillo—. ¿Se puede saber qué te pasa, Nick? Si yo decido trabajar un rato en el café, es cosa mía. ¿Cómo te atreves a acusar a Abby de utilizarme?

—Mamá, sólo quería protegerte...

—Yo me protejo sola, muchas gracias —lo interrumpió ella—. George es un viejo amigo mío y necesita ayuda ahora que Abby está trabajando en el café. Nuestra Abby cocina tan bien que no para de entrar gente. Y me alegro mucho por él, la verdad. ¡Esta mañana había cola en la puerta!

—¿En serio?

Abby no contestó. Ni lo miró siquiera.

—Pero no tienes que trabajar en el café, mamá. Tenemos dinero de sobra.

—Sí, cariño, pero George necesita ayuda.

Nick miró de una a otra y después de llenar las cantimploras salió de la cocina sin decir nada.

—Lo siento mucho, Abby. Debería habérselo contado, pero no lo había visto...

—No tienes que disculparte. Y tampoco tienes por qué trabajar en el café.

—Claro que sí. Además, mañana tengo una cita.

—¿Qué?

—He visto al nuevo sheriff... es un hombre encantador y parecía interesado en mí.

Abby abrió los ojos como platos.

—¡Kate! Qué emocionante... pero Nick me va a matar.

—¿Por qué?

—No creo que le haga gracia que te mudes.

—No te preocupes, no pienso escaparme con él. Sólo quiero pasarlo bien. ¿Qué hay de malo en eso?

—Nada, nada en absoluto. Te mereces un poco de diversión —rio Abby—. Bueno, ahora cuéntamelo todo sobre ese sheriff.

A Nick no le gustaba nada que su madre trabajase en el café, pero no podía evitarlo. Y tampoco quería tener otra discusión con Abby.

—Mamá está trabajando en el café —dijo, entrando en el establo.

—¿Por qué? —preguntó Brad.

—Y yo qué sé. George la llamó para pedirle ayuda, por lo visto. Desde que Abby hace los desayunos, el café está hasta arriba.

—Pues me alegro por George —sonrió su hermano—. Y no me extraña nada, además. Abby cocina de maravilla.

—Sí, es cierto. Lo curioso es que Patricia ha estudiado en una escuela de cocina, pero no guisa tan bien como ella...

—Y además sirve porciones diminutas. Si te casas con ella acabarás como un palillo —rio Brad.

—Bueno, vamos a trabajar —murmuró Nick, pensativo. Se sentía atrapado por aquel futuro matrimonio con una mujer que... que nunca podría hacerle feliz.

¿Qué podía hacer?

Cuando Abby fue a trabajar al día siguiente, se prometió a sí misma vigilar a Kate. La madre de Nick llevaba cinco años viuda y las cosas habían cambiado mucho desde que era joven...

—¿Ése es tu sheriff? —le preguntó, al ver a un hombre de pelo blanco con una estrella en la camisa.

—Ese mismo —sonrió Kate—. ¿A que es guapo?

—Sí, pero... ¿qué dirá Nick?

—No me importa la opinión de mi hijo. Y a ti tampoco debería importarte.

—Pero Kate...

—Nada de peros. Es mi vida y pienso vivirla como me parezca.

Abby tuvo que sonreír.

—Bienvenido a Sídney Creek, sheriff. Soy Abby Stafford.

—Me alegro de conocerte, Abby. Me llamo Mike Dunleavy. Y veo que la gente de Sídney Creek es muy simpática.

—Sí, es verdad. ¿Está acostumbrado a los pueblos pequeños?

—No, la verdad es que no. Antes vivía en Kansas, pero decidí que necesitaba un cambio.

—Pues espero que sea feliz aquí —sonrió Abby, percatándose de que el sheriff miraba a Kate por el rabillo del ojo.

—Espero que sí, gracias.

Cuando terminó de trabajar, Abby decidió ir a buscar a Johnny Crawford para llevarlo al rancho porque el pobre estaba deseando conocer a los cachorros. En cuanto llegaron, los niños fueron corriendo al establo y se pasaron allí toda la tarde.

Johnny era un encanto y pensó llamar a su madre para preguntarle si podía quedarse a cenar. Hasta que Nick volvió del establo.

—Creo que esta noche va a nevar.

Abby decidió no arriesgarse. Llevó a Johnny a su casa y cuando volvió al rancho, Kate estaba en la cocina. Acababa de meter en el horno la fuente que Abby había preparado.

—Abby, no tienes que hacer la cena todos los días.

—No te preocupes, no me ha costado nada.

—Ah, por cierto, el sábado no estaré aquí para la famosa cena de Patricia —dijo Kate entonces.

—¿Dónde vas? —preguntó Nick, que estaba sacando una cerveza de la nevera.

—He quedado con un amigo.

—¿Con quién?

—¿Te pregunto yo a ti con quién sales?

—No... pero solías hacerlo. ¿Con quién vas a salir, mamá?

—Con el nuevo sheriff de Sídney Creek, Mike Dunleavy. ¿Lo conoces?

—¿Vas a salir con un hombre?

—Pues sí. ¿Te parece mal?

—No, bueno...

—No hay ninguna razón para que no salga con un amigo, ¿no? —intervino Abby.

—¡Pero es mi madre!

—¿Y tengo que ingresar en un convento porque sea tu madre? —le espetó Kate.

Brad entró en la cocina entonces.

—¿Quién va a salir con quién?

—Yo —contestó su madre—. He quedado con Mike Dunleavy, el nuevo sheriff.

—Ah, qué bien. Me alegro de que te diviertas un poco, mamá.

—¿Te parece bien? —preguntó Nick.

—Pues claro que sí. Por favor, que no va a salir con el borracho del pueblo —rio su hermano.

—Parece que no os dais cuenta de lo que podría pasar —insistió Nick.

—¿Que mamá vuelva a casarse? ¿Eso es lo que te molesta?

—¡Sí! ¿Qué haríamos entonces?

—¿Dejar que Patricia se encargase de todas las tareas? —sugirió Brad, haciendo una mueca de pánico.

Nick tragó saliva.

—Tenéis razón. Perdona, mamá. El sheriff es un hombre muy agradable. Me alegro de que salgas con él.

Abby y Kate se miraron, sorprendidas. Abby no sabía por qué había cambiado de opinión de forma tan repentina, pero no pensaba preguntar. Aunque, claro, tendría que soportar a Patricia sola el sábado. Quizá también ella pudiera salir con alguien... pero no, no dejaría a Robbie solo con aquella bruja.

Aunque quizá, si Nick se daba cuenta de cómo trataba al niño...

Abby empezó a formular un plan. Quizá eso fuera lo que tenía que hacer para que se le cayera la venda de los ojos.

Capítulo 8

A LA mañana siguiente, un par de amigas del instituto se pasaron por el café. Las dos estaban casadas, pero antes de irse le preguntaron si podían quedar un día para cenar.

—Estoy libre el sábado —sonrió Abby, eligiendo deliberadamente el día en que Patricia prepararía la cena.

—Ah, estupendo —dijo Heather—. ¿Te viene bien, Lucy?

—Fenomenal. Y podríamos llamar a Cindy. Qué divertido. Hace siglos que no salgo por ahí como si fuera una chica soltera.

—¿Dónde vamos a ir?

—Hay un restaurante estupendo en Pinedale —contestó Lucy—. Merece la pena ir hasta allí y podremos contarnos nuestras cosas en el camino.

—Genial. Entonces, nos vemos aquí a las seis.

A Robbie no le pareció tan genial. Incluso hizo un puchero cuando se lo dijo.

—Pero el sábado esa señora tan mala vendrá a cenar a casa.

—Tu papá estará contigo. No te preocupes, cariño.

—Si tuviese una consola Nintendo, no me aburriría —dijo Robbie entonces.

—No puedo comprarte una consola ahora, cariño. A lo mejor en Navidad, ¿te parece bien?

—Bueno —suspiró Robbie, resignado.

Cuando entraron en casa, Nick estaba en la cocina.

—Nick, por cierto, el sábado no estaré aquí para la cena. He quedado con unas compañeras del instituto. Deberías decirle a Patricia que sólo tendrá que cocinar para vosotros.

—¿Qué quieres decir?

—¿No me has entendido? Que no estaré aquí el sábado por la noche, que voy a salir.

—¿Con quién?

Abby lo miró, sorprendida. ¿En qué estaría pensando?

Afortunadamente. Brad intervino enseguida.

—Quiere saber si tienes una cita. Parece que a mi hermano no le gusta compartir a sus mujeres.

—Yo no soy su mujer. Su mujer vendrá a hacer la cena el sábado. Y supongo que puedes cuidar de Robbie tú solo.

—Sí, claro que puedo, pero no has respondido a mi pregunta.

—He quedado con unas amigas del instituto, ya te lo he dicho. Vamos a cenar juntas y a contarnos nuestras cosas. ¿Algún problema?

—¿Son todo mujeres?

—Sí.

—Entonces sí, puedo cuidar de Robbie.

—No dejarás que Patricia lo trate mal, ¿verdad?

—No, claro que no. Jason, Brad, ¿vosotros estaréis aquí para la cena?

Brad asintió con la cabeza y Jason levantó los ojos al cielo.

—Qué remedio.

—Entonces seremos cinco... más Patricia.

—Será la única chica. Seguro que eso le gusta —sonrió Abby.

—Bueno, chicos, la cena está lista. Y como siempre, la he hecho Abby —sonrió Kate, poniendo una bandeja sobre la mesa.

Nick estaba de buen humor. Era sábado y tenía planes para aquel día. Esperó hasta que Abby le preguntó a Patricia si necesitaba ayuda y cuando su prometida la rechazó, como había esperado, la tomó del brazo para salir al porche.

—¿Qué haces?

—Voy a llevarte al pueblo. Tenemos que comprar las botas para Robbie.

—No hace falta que vaya yo.

—Pero nos gustaría que vinieras...

—Pero tengo que arreglarme...

—¡Por favor, mamá!

—Muy bien, cariño, de acuerdo. Pero he quedado con las chicas a las seis.

—No te preocupes, llegarás a tiempo.

Cuando llegaron a Sidney Creek, Nick los llevó al almacén y le dijo al dependiente que necesitaba botas para «su familia».

—Querrás decir para tu hijo —murmuró Abby.

—Y para su mamá —sonrió él—. Los dos vivís en el rancho y necesitáis ropa adecuada.

Media hora después, Robbie y Abby tenían nuevos vaqueros, botas y hasta un sombrero Stetson. Y una consola Nintendo para el niño.

—No puedes comprarle algo tan caro.

—¿Por qué no? Es mi hijo.

—Pero yo no puedo darle esos caprichos...

—Yo sí puedo, Abby. Por favor, deja que lo haga.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Muy bien, de acuerdo. Pero entonces yo pagaré las botas.

—No, de eso nada.

Abby intentó discutir, pero Nick se negó en redondo.

—No puedes pagarlo todo tú...

—Claro que puedo. No te pongas pesada. Venga, vamos a montar a caballo.

—¿Estás loco? ¿Qué dirá Patricia?

—Robbie tiene que aprender a montar. Y tú deberías practicar un poco. Puede que te necesitemos cuando lleguen las tormentas de nieve.

—¿Hay amenaza de tormenta?

—Nunca se sabe.

—De todas formas, yo no serviría de nada. Hace siglos que no monto.

—Tenemos un caballo pequeño que a Robbie le va a encantar. ¿Quieres aprender a montar, hijo?

—¡Sí! —exclamó el niño.

Cuando volvieron al rancho, Nick los llevó directamente al establo. Había un caballo pequeño, un Shetland marrón, para Robbie y una yegua preciosa para ella, los dos ensillados, como si lo hubiese tenido todo preparado. Abby se daba cuenta de lo cariñoso que era con el niño, de cómo estaba pendiente de él todo el tiempo, de cómo lo ayudaba a subir al caballito y lo sujetaba sobre la silla. Y Robbie estaba tan guapo con sus botas y su sombrero...

Y Nick... Los últimos cinco años sólo habían conseguido hacerlo más atractivo.

—Ahora te toca a ti, Abby. A ver si te acuerdas de cómo montar.

—No puedes llevarnos a dar una vuelta mientras Patricia está haciendo la cena.

—Claro que puedo. Tú le ofreciste tu ayuda y la rechazó, ¿verdad?

—Pero...

—Venga, arriba.

Nick iba a pie, sujetando las riendas del caballo de Robbie. Mientras iban hacia el río, hablaba de la vida en el rancho, le preguntaba a Abby cosas sobre la infancia de Robbie y, por primera vez desde que llegó al rancho Logan, se sintió conectada con él, como si no hubiera pasado el tiempo.

—Nick, me marchó. Tengo que vestirme para esta noche, no quiero llegar tarde. Tú puedes quedarte un rato más con Robbie.

—Abby... —empezó a decir él, mirándola con una expresión indescifrable.

Por un momento, Abby tuvo la impresión de que estaba a punto de decir algo importante. Pero no lo hizo. Sencillamente, se tocó el sombrero y dejó que se alejara.

La cocina estaba hecha un desastre cuando Nick, Robbie y Matt entraron en casa, a las seis. Un completo desastre. No podía imaginar qué podía haber estado cocinando Patricia durante tantas horas. Era tan perfeccionista... Había usado todas las cacerolas y sartenes que había en la cocina... y colocado todo como a ella le gustaba. Así era Patricia Atwell.

Cuando Nick cerró la puerta, su prometida se volvió, furiosa.

— ¡Me has arruinado el suflé!

— ¿Eh?

— ¡No se puede perturbar un suflé! Podrías haber entrado por la otra puerta.

— ¿Y cómo iba a saberlo? — preguntó Nick.

— ¡No hables tan alto! Yo aquí, como una esclava en la cocina y tú por ahí, pasándolo bien. Lo mínimo que podías hacer es echarme una mano.

— Abby se ofreció esta mañana, pero le dijiste que no. Además, le había prometido a Robbie que le compraría unas botas. Y le he comprado una consola Nintendo...

— ¡Qué manera de tirar el dinero!

— Me parece que no tienes derecho a decirme cómo debo gastarme el dinero, Patricia. Y, sobre todo, no tienes derecho a decirme cómo debo criar a mi hijo.

— ¿No tengo derecho? Vamos a casarnos, Nick. Tengo derecho a quejarme de que tires el dinero a la basura.

— No me gusta que digas esas cosas. Es mi dinero y me lo gasto como me parece.

— Cuando nos casemos el dinero será de los dos, cariño.

— ¿Y el tuyo también será mío?

— Bueno, claro. Si sigo trabajando... aunque necesitaré dinero para mis cosas.

— ¿Y yo no?

— No seas ridículo, Nick.

— Yo también necesitaré dinero para mis cosas — insistió él.

Patricia se volvió, airada.

— No puedo hablar de esto ahora. Ya hablaremos después de cenar.

— ¿Mientras lavas los platos?

— ¿Qué has dicho? — exclamó ella entonces, volviéndose.

— Que hablaremos después de cenar, mientras limpias todo esto.

— Yo no pienso limpiar. Llevo todo el día cocinando.

— Pero la otra noche dijiste que la regla era que el que cocina tiene que limpiar.

— Sí, bueno... esta noche puedo hacerlo. Pero cuando estemos casados tendremos que contratar a una criada.

— ¡No pienso contratar a una criada!

— Entonces tendrá que hacerlo tu madre...

— A ver si lo entiendo. Piensas trabajar y quedarte con tu dinero, pero esperas que otra persona haga el trabajo de la casa. No, me parece que no.

— Tú no eres pobre, Nick. Puedes contratar a una criada si tu madre no quiere hacer el trabajo...

— Papá — lo llamó Robbie entonces—. ¿Puedo jugar al Nintendo con Matt en el salón?

— Sí, hijo. Yo iré enseguida.

Cuando Robbie y Matt salieron de la cocina, Nick se volvió hacia Patricia.

—Después de la cena tenemos que hablar.

Cuando Abby volvió a casa esa noche vio que la luz de la cocina seguía encendida. Mejor. Estaba deseando que Kate le contase cómo había ido su cita con el sheriff. Y, debía admitirlo, también quería saber cómo había ido la gran cena de Patricia.

Pero al entrar sólo encontró a Nick... lavando los platos.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Un desastre —contestó él.

—¿Por qué? ¿La comida no era buena?

—La comida no estaba mal, pero Patricia no ha dejado de criticar nuestras maneras en la mesa, lo que decíamos, lo que no decíamos. Todos, menos ella, lo hemos pasado fatal.

—Lo siento. No ha sido desagradable con Robbie, ¿verdad?

—Un par de veces, pero le he llamado la atención.

Abby no quería ni pensarlo.

—Creo que Robbie y yo deberíamos irnos de aquí cuando te cases con ella, Nick.

—No vais a ningún sitio. Ya te he dicho que le he llamado la atención.

—Con algunas personas eso no sirve de nada. Y Patricia es una de esas personas.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Dónde está Kate, por cierto? ¿Ya se ha ido a la cama?

—No, aún no ha vuelto —contestó, enfurruñado.

—¿En serio? Bueno, sólo son las once y media, seguro que llegará enseguida.

—Pienso esperarla despierto.

—¿Por qué? ¿Estás preocupado por ella?

—Es posible.

—Nick, que ha salido con un policía.

—Sí, bueno, nunca se sabe...

—Fue sheriff en Kansas, así que es un policía de verdad.

—Yo no me fío de nadie.

—Que tu romance con Patricia no vaya bien no es excusa para que estropees el de tu madre —sonrió Abby, abriendo el grifo para llenar un vaso de agua. Pero cuando se dio la vuelta, Nick estaba a su lado, muy cerca—. ¿Qué quieres?

—Estoy cansado de que la gente me diga lo que debo o no debo hacer. ¡Y ni siquiera voy a casarme contigo!

—No, es verdad, así que apártate. Puedo tener una opinión sin tener que casarme contigo.

En lugar de apartarse, Nick inclinó la cabeza como si fuera a besarla. Asustada, Abby le tiró el vaso de agua en la camisa.

—¿Qué haces?

—Yo... es que me has asustado.
—¡Yo no te he hecho nada!
—Estabas tratando de intimidarme.
—Yo no...
—Bueno, da igual. No quiero seguir hablando del asunto, ha sido un accidente. Y sé agradable con Kate cuando...
—No te vayas. Creo que acaba de llegar.
La puerta se abrió y Kate y Mike entraron en la cocina, los dos muy sonrientes.
—Ah, no sabía que estaríais despiertos.
—No es tan tarde —murmuró Nick—. Abby acaba de llegar. Hola, soy Nick Logan, el hijo mayor de Kate.
—¿Por qué tienes la camisa empapada? —preguntó su madre.
—Un pequeño accidente —contestó él, mirando a Abby de reojo mientras le ofrecía su mano a Mike.
—Encantado de conocerte. Yo soy Mike Dunleavy. Y tú eres... ¡tú eres Abby!
—Eso es. Siéntese, sheriff. Creo que Nick estaba a punto de hacer café.
—¿Tú también eres hija de Kate?
—No, yo... soy la madre de su nieto.
—Ah.
—Es complicado. Nick y yo rompimos hace años...
—Y volvimos a encontrarnos hace unas semanas —terminó Nick la frase por ella.
—¿Y vais a casaros? —sonrió Mike.
Kate no dijo nada y Nick parecía horriblemente avergonzado.
—No. Nick está prometido con otra mujer —contestó ella por fin.
—¿Con quién?
—Con Patricia Atwell.
—¿La profesora del instituto?
—Sí. ¿La conoces?
—Me temo que sí. Uno de mis alguaciles acabó peleándose con ella cuando tuvo la audacia de ponerle una multa. La señorita Atwell no aceptaba que le pusieran una multa por aparcar en doble fila... delante de una boutique.
—¿Y al final la pagó? —preguntó Nick.
—Claro.
—Me alegro. Y me alegro de conocerte, Mike.
—Gracias.
—¿Habéis ido al cine? —preguntó Abby.
—Sí, lo hemos pasado muy bien. Pero, ¿qué tal ha ido todo por aquí?
—No lo sé. Sólo sé que cuando volví Nick estaba lavando los platos —rio Abby.
—Esa mujer no puede cocinar sin usar todas las cacerolas de la casa —suspiró él—. Después de pelearme con ella y meter a Robbie en la cama, aún he tenido que limpiar la

cocina.

—¿Por qué no la ha limpiado ella? —preguntó Kate.

—Porque, según ella, la insulté. Así que se marchó a la carrera.

—No me sorprendería nada que mañana se le hubiera pasado. Mientras no tenga que enfrentarse con una montaña de platos...

—Venga, mamá...

—Venga, mamá, nada. No pienso dejarle mi cocina nunca más.

—No tendrás que hacerlo. Piensa contratar a una criada cuando nos casemos —suspiró Nick—. Y también piensa quedarse con su salario para «sus cosas».

—¿Qué?

—Sugirió que contratásemos a una criada... a menos que tú quisieras el puesto.

—¡Pero bueno...!

—No te preocupes, cariño. Yo te salvaré —rio Mike.

—Tranquilo, sheriff. Yo me encargo de todo —dijo Nick.

—Sí, claro. En fin, tengo que irme —sonrió el hombre, levantándose.

—Te acompaño a la puerta —dijo Kate.

Cuando Nick iba a ir con ellos, Abby lo sujetó tirando de su camisa.

—¿Qué haces? —le preguntó él.

—Darle a tu madre un poco de intimidad.

—¿Por qué? ¿Crees que Mike... crees que va a besarla?

—No me extrañaría nada.

Kate volvió enseguida, con una amplia sonrisa en los labios.

—¿Qué pasa? —le preguntó a Nick, que tenía el ceño fruncido.

—Abby cree que Mike iba a besarte.

—¿Y?

—¿Te ha besado? —preguntó él.

—Pues sí. Y muy bien, gracias —sonrió su madre, saliendo de la cocina.

Nick volvió a intentar ir tras ella, pero Abby lo detuvo de nuevo.

—Déjala. No es tu hija. ¡Menos mal que Robbie es un niño!

—¡Desde luego!

—Ah, o sea que tú eres de los que miden las cosas con doble rasero.

—Por supuesto que sí.

Capítulo 9

A LA mañana siguiente era domingo, el único día que Nick y sus hermanos no tenían que trabajar en el rancho. Abby se levantó a las siete para hacer el desayuno y el resto de la casa empezó a amanecer alrededor de las ocho porque tenían que arreglarse para ir a la iglesia.

Kate entró en la cocina poco después de las siete y se dejó caer sobre una silla.

—Buenos días.

—¿De verdad te gustó Mike, Abby?

—Claro que sí. Es encantador.

—No pensé que encontraría a nadie después de Robert. Pero creo que lo he encontrado.

—¿De verdad? Eso es maravilloso. ¿Vas a casarte con él?

—No lo sé. Aún tengo que criar a Matt y a Jason. Supongo que seguiremos saliendo, pero no pienso abandonar a mis hijos.

—Pero ellos podrían vivir con Nick... y con Patricia.

—No creo que nadie pueda vivir con Patricia. Ni siquiera Nick.

—Si se casa con ella, seguro que encontrará la manera de convencerla para que coopere un poco más.

—Si cree eso es que mi hijo es tonto —suspiró Kate.

—¿Quién es tonto? —preguntó Nick, entrando en la cocina.

—Tú, si crees que Patricia va a cambiar.

—Venga, mamá...

—Lo que busca es casarse contigo para hacer el papel de señora rica. Y no va a cambiar.

Abby tomó un sorbo de café, apartando la mirada.

—¿Y si tuvieras razón? —preguntó Nick entonces, sentándose al lado de su madre.

—Entonces casarte con ella sería un terrible error.

Su hijo dejó escapar un suspiro.

—Voy a hablar con Patricia.

—Me alegro.

Abby decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—Esta mañana van a organizar una colecta en la iglesia para una familia que está atravesando un mal momento, los Caldwell. Bueno, en realidad, la idea ha sido de tu madre.

—Eso es estupendo. Le preguntaré a Patricia si puede hacer algo... no sé, hablar con

los padres de sus alumnos para recaudar dinero.

Kate emitió una especie de bufido.

—¿Has dicho algo, mamá?

—He dicho que me parece una tontería.

—¿Por qué?

—Tu prometida no es una buena persona, hijo. Sé que te molestará que diga esto, pero es la verdad. No va a hacer esfuerzo alguno para ayudar a nadie.

—Puede que te equivoques.

—No, hijo, no me equivoco.

—Bueno, ¿todo el mundo quiere tortitas? —preguntó Abby, de nuevo para cambiar de tema.

Robbie entró corriendo entonces en la cocina.

—¡Mami!

—Hola, cariño.

—Anoche te eché de menos.

—Yo también a ti. ¿Te portaste bien?

—Sí, bueno... —el niño agachó la cabeza—. Patricia dijo que yo era un problema.

—Tú no eres ningún problema, cariño mío —dijo Abby entonces, poniéndose en cuclillas para mirarlo a los ojos—. No te preocupes, no pasa nada. Tú eres el niño más bueno del mundo.

—¡Pero yo no quiero volver a Cheyenne! —protestó.

—¿Quién ha dicho que vamos a volver?

—Pero...

—Pero nada. No vamos a irnos de Sídney Creek.

—¿Qué le estás ofreciendo al niño? —preguntó Nick.

—Nada. Pero no voy a seguir aquí cuando te cases con Patricia. Y Robbie tampoco. No quiero ponerte en una posición difícil, pero no voy a permitir que nadie maltrate a mi hijo.

—¿Y crees que yo sí lo haría?

—No, tú no. Pero tú prometida sí.

—Ya te he dicho que le llamé la atención por lo que dijo.

Frustrada, Abby se mordió la lengua. No quería discutir con Nick delante de Robbie.

—¿Tienes hambre, cariño?

—Sí, mucha.

Jason entró entonces en la cocina.

—Ah, mamá, Abby... Qué bien que estéis aquí. Anoche os echamos de menos. Lo siento, Nick, pero es verdad.

—No pasa nada. Todo el mundo se mete con Patricia esta mañana.

—No me extraña.

—Y eso que vosotros no tuvisteis que limpiar la cocina —bromeó Nick.
—Pensábamos que Patricia y tú no queráis compañía. Como casi no os dirigíais la palabra...
—Se marchó cinco minutos después. Dijo que la había insultado.
—Buena excusa —rio Brad.
—Hijo, no te rías de los problemas de tu hermano —lo regañó Kate.
—Por lo menos está enseñando su verdadera cara antes de casarse. Es una advertencia, hermanito.
—Y vosotros deberíais haberle dado las gracias por la cena. Se sintió muy ofendida porque nadie dijo nada.
—Sí, bueno, estaba tan ocupada haciendo una lista de todo lo que hacíamos mal que no nos dio tiempo —replicó su hermano—. En serio, mamá, fue la peor cena de mi vida... y no me refiero a la comida.
—Bueno, por lo menos la comida era aceptable.
—Sí, aceptable, pero Abby y tú hacéis lo mismo... no, mejor, y encima lo hacéis en media hora y con una sonrisa. Eso es mucho más importante.
—Gracias, Brad.
—Bueno, será mejor que haga algo antes de que hasta los perros empiecen a quejarse de Patricia —suspiró Nick.
—¿Qué vas a hacer? —preguntó Kate.
—He tenido una idea —contestó él, tomando su sombrero—. Si no nos vemos en la iglesia, nos veremos aquí más tarde.

El viaje hasta el apartamento de Patricia le pareció interminable. Nick sabía exactamente lo que debía hacer y estaba deseando hacerlo. Iba a dejar a Patricia.

Por fin había aceptado el hecho de que no eran la pareja ideal. En realidad, no tenían nada en común. No sólo no estaba enamorado de Patricia, nunca lo había estado, sino que no soportaba estar en la misma habitación con ella. Y mucho menos en la misma cama.

Por fin había aceptado que la única mujer a la que quería en su cama era la que había hecho el desayuno aquella mañana.

Abby.

Había estado enamorado de ella durante tanto tiempo que no recordaba no haberlo estado. No había imaginado lo horrible que sería verla todos los días y no poder besarla, no poder tomarla entre sus brazos.

Pero ahora tenía un plan. Le dejaría claro a Patricia que lo suyo se había terminado y, a cambio, permitiría que le contase a todo el mundo que había sido al revés. Si ella cooperaba, no tardaría mucho en pedirle a Abby que se casara con él. Un mes, quizá podría esperar un mes. Quería ser razonable.

Había llamado a Patricia para decirle que iba a su casa, de modo que ella debía de estar esperándolo. Curiosamente, parecía muy contenta. A pesar de lo enfadada que se había ido del rancho por la noche.

Le abrió la puerta con una sonrisa en los labios. Y vestida con una especie de negligé de color negro que dejaba poco a la imaginación.

—Entra, cariño.

—Patricia, me parece que no...

—¿Creías que no te había perdonado por lo de anoche?

—No, verás...

—Supongo que te darías cuenta de lo grosero que fuiste conmigo. Eso es evidente y espero que no se repita.

—No se repetirá —suspiró él—. Patricia, tenemos que hablar... no vamos a casarnos.

—¿Qué?

—Patricia, de verdad, no tenemos nada en común. No te llevas bien con nadie de mi familia, insultas a mis hermanos, eres desagradable con mi hijo... lo siento, pero el compromiso está roto.

—¡No puedes hacerme eso! ¡Yo tenía planes!

—Seguro que sí, pero tendrás que hacer planes nuevos, lo siento. Voy a casarme con Abby.

—¿Cómo te atreves? —le espetó ella entonces.

—Mira, puedes contarle a todo el mundo que me has dejado tú. No me importa...

—No creo que Abby quiera casarse contigo. Sobre todo, cuando sepa que nos hemos acostado juntos.

—Los dos sabemos que eso no es verdad. Y Abby me creerá, te lo aseguro.

—Tienes mucha fe en ella, ¿no? Pues vas a llevarte una sorpresa.

Nick dejó escapar un suspiro.

—¿Sabes qué es lo malo de ti, Patricia? Que siempre crees que tienes razón. Deberías pensar que no es siempre así.

—¡No puedo creer que estés rompiendo nuestro compromiso!

—Lo siento, pero tengo que hacerlo. Por mí, por ti, por mi hijo... Pensé que te gustaría el rancho, que podríamos ser felices, pero no es así. Yo que tú me buscaría un hombre de ciudad. Le va más a tu estilo de vida.

—¡Me da igual lo que tú pienses!

—Muy bien. Entonces, ¿hacemos un trato? Puedes decirle a todo el mundo que eres tú la que ha cortado conmigo. Y puedes quedarte con el anillo de compromiso.

—¡Muy bien! —exclamó ella, moviendo su melena.

—Pero si dices algo malo de mí o de Abby, se acabó el trato. Tendrás que devolverme ese diamante tan caro que te compré.

—Por supuesto —dijo ella, sin mirarlo.

—Lo digo totalmente en serio, Patricia. No creas que voy a seguir siendo un caballero si tú juegas sucio.

—¡Vete de una vez, Nick Logan! Estoy harta de ver tu cara.

Mientras salía del apartamento, Nick no podía dejar de sonreír. Abby era perfecta para él y para su familia. Y estaba deseando decírselo. Pero tendría que esperar. Al menos un mes.

Podía hacerlo. Después de todo, había esperado cinco años.

Iba a subir a su camioneta cuando se encontró con el sheriff.

—Buenos días, Mike.

—Buenos días. ¿Tienes tiempo para tomar una taza de café?

—Sí, claro.

—¿Qué haces en el pueblo un domingo por la mañana? —le preguntó Mike mientras entraban en el café de George.

—He venido para... para hablar con mi prometida.

—Ah, tu prometida, claro. Supongo que ésa es una buena forma de empezar el día.

—No te lo puedes ni imaginar —sonrió Nick.

—Verás, yo quería hablar contigo... quiero que sepas que voy con buenas intenciones... hacia tu madre, quiero decir. Estoy muy interesado en ella.

—¿En serio? Pero si sólo habéis salido una vez...

—Cuando se llega a mi edad no hace falta mucho para tomar una decisión. Y tu madre es la mujer más guapa, más simpática y más dulce que he conocido nunca...

—Bueno... no sé si mi madre quiere ir tan deprisa —sonrió Nick.

—No te lo cuento para que la convenzas. Sólo quiero que sepas que... Kate me gusta muchísimo y que me siento muy feliz con ella. Verás, yo estuve casado durante diecinueve años, pero mi mujer murió de cáncer.

—Lo siento.

—Pensé que nunca más volvería a mirar a otra mujer, pero entonces conocí a Kate...

—Entiendo. Pero Matt y Jason siguen viviendo en casa. Son dos críos...

—Por supuesto. Y vivirán con nosotros... si tu madre me acepta, claro. Pero a Kate no le preocupa eso. Lo que le preocupa es tu prometida.

—Sí, bueno, eso ya no es un problema. La verdad es que he cortado con ella, pero no digas nada.

—No lo haré.

—Ahora que lo pienso, podrías hacerme un favor.

—Dime.

—Entérate de si va hablando mal de mí por ahí. Le he dicho que puede anunciar que es ella la que ha roto conmigo, pero la conozco bien y... si dice algo malo de mí, házmelo saber.

—Lo haré.

—Gracias, Mike.

Abby y Kate acababan de sentarse en el banco de la iglesia, con Robbie entre las dos, cuando Nick apareció a su lado.

— ¿Me hacéis un sitio?

— No sé si cabemos...

— Seguro que sí — sonrió él.

Abby tragó saliva. Estaba demasiado cerca. El calor de su cuerpo parecía traspasar la tela del vestido... y aquel sitio no era el lugar más apropiado para eso.

Cuando salieron de la iglesia, Kate dijo que iba a tomar un café con sus amigas y Nick se apresuró a pedirle a Abby que volviese con él al rancho.

— No creo que a Patricia le hiciera gracia.

— Ella no puede controlar todo lo que hago. Además, tú y yo somos amigos, ¿no? ¿No hemos sido siempre amigos?

— Sí, pero... yo creo que es mejor que vaya con tu madre. Puedes llevarte a Robbie si quieres.

Nick se quedó mirándolas mientras se alejaban por la calle principal. En fin, tendría que esperar.

— ¿Nick te ha dicho algo que te ha molestado? — le preguntó Kate.

— No, en absoluto. Todo lo contrario, estaba muy amable. Me ha preguntado si quería volver al rancho con él.

— Ah, qué interesante. Ésta es la primera vez que quiere estar a solas contigo, ¿no?

— Sí, bueno ayer estuvimos montando a caballo y fue muy simpático. Más que simpático, de hecho.

— No sabes cuánto me alegro, hija.

Abby tragó saliva.

— Sí, pero... me temo que Robbie y yo tenemos que irnos, Kate.

Capítulo 10

—¿POR qué? —preguntó Kate, sorprendida—. Pensé que todo iba estupendamente.

—Sí, pero es... tan difícil... No creo que podamos vivir en la misma casa con Patricia. No, sería imposible. Además, imagina cómo sería vivir en la misma casa con Mike y no poder tocarlo, ni besarlo...

—Abby...

—Yo quise mucho a tu hijo y, aunque han pasado cinco años, sigo sintiendo algo por él. No lo puedo evitar. Y esa mujer, Patricia...

—Te entiendo, hija, te entiendo. ¿Cuándo vas a marcharte?

—Antes tengo que encontrar una casa. Quiero seguir aquí, en Sídney Creek, para que Robbie pueda ver a su padre todos los días. Y espero que sigamos siendo amigos.

—En el pueblo sólo hay un edificio de apartamentos, pero no creo que te gustase. Espera un momento... creo que George tiene un piso encima del café. Podríamos preguntarle.

—Eso sería ideal.

—No sé yo... me parece que sólo tiene un dormitorio.

—Robbie puede dormir en la habitación y yo... compraré un sofá cama. Está bien, no importa que sólo tenga un dormitorio —dijo Abby, con firmeza.

Cuando llegaron a casa, la camioneta de Nick ya estaba aparcada delante de la puerta.

—No digas nada sobre mi decisión, Kate. Esperaré hasta que haya hablado con George.

—Pero eso podría hacer que mi hijo abriera los ojos de una vez.

—No quiero un hombre que haya tenido que abrir los ojos para darse cuenta de que me quiere, Kate. No, nuestro momento pasó y no hay nada que hacer —suspiró Abby.

—Muy bien, lo haremos como tú quieras.

Esa misma tarde subió al apartamento de George y se quedó helada. Era un auténtico desastre. Estaba lleno de telarañas y había cajas por todas partes.

Abby tuvo que controlar las lágrimas. ¿Su vida era aquello? ¿Había tocado fondo? Intentando contenerse, tomó una escoba y se puso a barrer. Tres horas después, apenas había hecho mella en aquel caos y estaba agotada.

Pero se prometió a sí misma que trabajaría todos los días hasta dejarlo como los chorros del oro. Tardase lo que tardase, crearía un hogar para Robbie y para ella.

—¿Dónde está Abby? —preguntó Nick.

—Ha ido al pueblo. ¿Lo estás pasando bien, Robbie?

—Sí, abuela. He estado jugando con Bebé. ¡Papá dice que pronto podré traerla a casa y que podrá dormir conmigo y todo!

—Claro que sí, cariño. Bueno, ve a lavarte las manos. La cena está casi a punto.

—¿Dónde está mi mamá?

—Pues... ah, creo que acabo de oír su coche —contestó Kate.

Robbie corrió por el pasillo, pero se detuvo en la puerta, helado.

—¿Qué te ha pasado, mamá? —preguntó, mirando su ropa sucia y las telarañas que no había podido quitar de su pelo.

—He estado ayudando a George... con un proyecto. Pero no te preocupes, después de darme una ducha estaré como nueva.

Nick la miraba con el ceño arrugado.

—¿Qué clase de proyecto?

—¿Eh? Un proyecto. Bueno, perdonadme, pero tengo que darme una ducha...

Nick volvió a la cocina, pensativo.

—Mamá, tú sabes lo que ha estado haciendo, ¿verdad?

—Sí.

—Pues cuéntamelo.

—No puedo. Prometí no hacerlo.

—Pero trabaja cinco días a la semana. ¿Por qué ha ido a trabajar hoy también?

—Abby decide lo que quiere hacer con su vida, cariño.

—Muy bien, si tú no me lo quieres contar, iré a preguntarle a ella —anunció Nick entonces, enfadado. Llamó a la puerta del baño, pero no hubo respuesta, de modo que asomó la cabeza—. ¿Abby?

Ella, que estaba dentro de la ducha, se cubrió con una toalla.

—¿Se puede saber qué haces aquí? ¡Sal del baño ahora mismo!

—Abby...

—¡Vete!

Nick cerró la puerta y se encontró con su madre en jarras en medio del pasillo.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Sólo quería que me contase la verdad.

—¿Y le preguntas cuando está en la ducha?

—Lo siento, mamá. Es que...

—No es a mí a quien tienes que pedirle disculpas, sino a ella. Por el momento, ve a la cocina con tu hijo. ¡Será posible!

Nick entró en la cocina como un crío al que su madre hubiera echado una buena reprimenda.

—Mamá, ¿dónde has estado esta tarde? —preguntó Robbie mientras estaban cenando.

—Tenía que ir al pueblo, cariño. Para ayudar a George. ¿Te has portado bien?

—¡Sí! ¡Hasta papá lo ha dicho!

—Me alegro mucho, cielo. Kate, siento no haber llegado a tiempo para hacer la cena.

—No te disculpes, por favor. Si la haces tú casi todas las noches...

Los ojos de Nick estaban clavados en ella, pero Abby se negaba a devolverle la mirada. Estaba furiosa con él.

Cuando estaban terminando de cenar sonó el teléfono.

—Hola, Mike —contestó Kate—. Sí, claro. Nick, es para ti.

—¿Para mí? ¿No era Mike?

—Sí, pero quiere decirte algo.

Nick se levantó de la mesa.

—Hola, Mike. ¿Qué...? ¡Llegaré en cinco minutos!

Después, colgó el teléfono con expresión furiosa.

—¿Qué pasa, hijo?

Nick salió de la cocina sin decir una palabra.

—Espero que no vaya al pueblo. Porque se tarda más de cinco minutos en llegar —murmuró Brad.

Nadie se atrevió a adivinar cuál era su destino.

Nick no podía creerlo.

Aquella misma mañana, Patricia había aceptado no hablar mal de él ni de Abby. Pero eso era precisamente lo que había hecho: contarle a todo el que quisiera escuchar que Abby y él se acostaban juntos mientras ellos estaban prometidos. Y que, por supuesto, ella no pensaba tolerar tal afrenta.

Y lo había contado en el café, deshecha en lágrimas, para que todo el pueblo pudiese oírlo.

—¿Qué puedo hacer, Mike?

—No lo sé. Supongo que podrías demandarla por... no sé, por calumnias, pero yo no soy abogado.

—Ni yo tampoco. ¿Podría amenazarla con hacerlo?

—Sí, claro. Y yo podría ir contigo, así se asustaría más. A veces la placa intimida a la gente.

—Pues vamos ahora mismo.

Cruzaron la calle y subieron al apartamento de Patricia en silencio.

—¿Quién es?

—¡Nick!

—¡Vete, no quiero hablar contigo!

—¿Prefieres que hablemos a través de la puerta, para que todo el mundo se entere?

Patricia abrió de inmediato.

—¿Qué quieres? ¿Y qué hace él aquí?

—Ha venido por si lo necesitaba.

—¿Al sheriff? Tú estás loco.

—No, eres tú quien está loca, Patricia. Teníamos un acuerdo. No podías decir nada malo de mí o...

—No he dicho nada malo de ti.

—Ah, ¿no? ¿No es malo ir contando por ahí que me acostaba con Abby mientras tú y yo estábamos prometidos? ¿Cómo te atreves a contar tan sucia mentira?

—Yo no sé si es mentira o no. ¡Evidentemente, te has acostado con ella antes!

—Sí, hace más de cinco años. Pero no he vuelto a hacerlo desde entonces porque estaba comprometido contigo.

—¡Hasta que rompiste el compromiso! ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que lo aceptase tranquilamente?

—Eso es lo que deberías haber hecho, Patricia. Pero como no es así, voy a demandarte por calumnias... te voy a dejar sin un céntimo.

—¡Eres tú quien tiene dinero, no yo! Además, no puedes hacer eso, no es justo.

—Mira, te dije que podías quedarte con el anillo...

—Si me demandas, yo te demandaré también por romper tu promesa de matrimonio.

—Ningún juez te haría caso.

—Eso ya lo veremos.

—Aunque fuera así, eso no te da ningún derecho a atacar a la mujer de la que estoy enamorado.

Patricia levantó la barbilla.

—Haz lo que te dé la gana. Yo pienso irme del pueblo en cuanto pueda. Desde luego, lo último que me apetece es quedarme es este appestoso agujero.

—Me alegro.

Nick se dio la vuelta, seguido de Mike, para volver al café.

George los recibió en la puerta, con un paño al hombro y un cazo en la mano.

—¿Así que estás enamorado de Abby?

Nick lo miró, sorprendido.

—Pues sí, lo estoy. ¿Cómo lo sabes?

—Uno de mis clientes me lo ha contado. Te ha oído discutiendo a voces con Patricia. Ha estado aquí antes hablando mal de Abby y tuve que pedirle que se fuera...

—Sí, lo sé, lo sé.

—Esa mujer es una bruja.

—Me alegro de que defendieras a Abby.

—¿Cómo no voy a defenderla? Es la mejor camarera que uno pueda encontrar... y, además, ahora va a ser mi vecina.

—¿Tu vecina?

—Está limpiando el piso de arriba para mudarse con el niño y...

George no terminó la frase porque Nick salió del café a toda velocidad para subir al apartamento. La puerta no estaba cerrada con llave, de modo que pudo ver... aquel agujero lleno de telarañas.

¿Abby prefería vivir allí y no en el rancho? ¿Por qué?

—¿Abby piensa vivir aquí? —preguntó el sheriff, sorprendido.

—Nadie puede vivir aquí. Esto es un asco —suspiró Nick—. Pero no sé qué hacer, Mike. Estoy loco por ella. Deberíamos habernos casado hace cinco años, pero yo metí la pata... ¿Cómo puedo decirle que la quiero después de tanto tiempo?

—¿Quieres decir que no sabes cómo decirlo con palabras? —sonrió Mike.

—Antes tengo que pensar cómo voy a hacerlo.

—Podrías invitarla a cenar mañana. Yo me quedaré con Kate... para cuidar de Robbie.

—Sí, ya veo que eso sería una tortura para ti —rio Nick.

—No, desde luego que no —sonrió el sheriff.

Abby y Kate habían decidido darles la noche libre a los chicos y limpiar la cocina juntas mientras charlaban de sus cosas.

—Voy a echarte mucho de menos —suspiró la madre de Nick.

—Y yo a ti.

—¿De verdad tienes que irte, cariño?

—Me temo que sí. No quiero hacerlo, pero...

Kate la abrazó entonces, emocionada.

—¿Por qué abrazas a mi mamá? —preguntó Robbie, que entraba en la cocina en ese momento.

Kate se secó las lágrimas con el delantal.

—Estaba diciéndole cuánto me alegro de que esté aquí.

—Yo también estoy aquí —le recordó Robbie. Su abuela abrió los brazos y el niño se echó alegremente en ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Brad.

—Nada, hijo. Que no me gustan los cambios.

—¿Te refieres a Patricia?

—Ese matrimonio me va a matar —suspiró su madre.

—Y a todos nosotros. Esa mujer es insoportable. Yo no entiendo...

—Brad, Robbie y yo nos vamos del rancho —dijo Abby entonces—. Vamos a vivir en el pueblo, en el piso de George, encima del café. De ese modo, Patricia quizá se suavice un poco.

—Sí, pero...

—¿Nos vamos de aquí, mami? —preguntó Robbie.

—Sí, pero estaremos en el pueblo, cariño.

—¿Y no voy a vivir con papá?

—Podrás verlo todos los días...

—Pero a mí me gusta vivir aquí.

A Abby se le partía el corazón. Pero era lo que tenía que hacer. No podía someter a su hijo al mal carácter de Patricia. No pensaba hacerlo.

—A mí me tratará como a una criada —suspiró Kate.

—¡Nick no dejará que haga eso! —exclamó Brad.

—No, pero Patricia lo hará cuando tu hermano no esté. Si se casa con esa chica, me iré de aquí.

—Muy bien, pues busca una casa con habitación para mí. Porque yo tampoco me quedo.

—Sí, no me extraña —suspiró su madre—. Siempre pensé que me moriría en esta casa...

—No te disgustes, Kate. Además, recuerda que tienes a Mike. Él prometió que te salvaría.

—Sí, es verdad —murmuró ella—. ¿Qué querría decir con eso?

Abby sonrió.

—No seas boba. Yo creo que Mike es un hombre con el que puedes contar para todo.

—Yo también lo creo —Kate Logan ni siquiera se molestó en disimular una sonrisa.

Nick llegó a casa cuando Abby ya se había ido a la cama. Su madre seguía en la cocina, esperando.

—¿Qué haces despierta, mamá?

—Esperándote, hijo. ¿Qué ha pasado?

—No pasa nada, mamá. Todo ha terminado.

—¿Qué ha terminado?

—Mi compromiso con Patricia.

—¿Qué? ¿Lo dices en serio?

—Calla, no hables tan alto. No quiero que Abby se entere.

—Pero pensarás decírselo, ¿no?

—Sí, claro, pero creo que le debo algún buen recuerdo para nuestros nietos.

—¿Nietos? —repitió Kate—. Ah, Dios mío, qué alegría. Y yo pensando dónde iba a irme a vivir cuando Patricia viniese a esta casa. ¡Qué alivio! Y cuánto me alegro por ti, hijo. Con Abby serás muy feliz.

—Si ella me acepta.

—¿Cómo no te va aceptar? Abby es la chica más buena y más cariñosa que he conocido en mi vida.

—Lo sé, pero... quiero hacer esto bien. Quiero convencerla de que estoy enamorado

de ella.

Kate levantó los ojos al cielo.

—Muy bien, hazlo a tu manera. Por cierto, ¿cómo has conseguido romper el compromiso con Patricia sin que ella montase un escándalo?

Nick le contó lo que había pasado y.... tuvo que pedirle que bajase la voz cuando su madre empezó a decir todo lo que pensaba de Patricia Atwell. Y con toda claridad, además.

—Ha dicho que se marcha del pueblo —la interrumpió Nick.

—Ah, qué bien. Cuanto antes, mejor. Menuda víbora.

—¡Mamá!

—Es una víbora, hijo. Siempre lo ha sido. Lo que pasa es que tú estabas ciego.

—Eso es verdad.

—Acepta un consejo, cariño, habla con Abby lo antes posible. Se lo merece. Merece un poco de felicidad.

Nick estaba absolutamente de acuerdo con su madre sobre ese asunto.

Capítulo 11

CAFÉ. Ese fue el primer pensamiento de Abby cuando despertó, a las cinco y cuarto de la mañana. Había sido una noche muy larga y apenas había pegado ojo. Y cuando por fin se quedó dormida... soñó con Nick.

Estaba a punto de levantarse cuando oyó un golpecito en la puerta. ¿Sería Robbie? ¿Se habría puesto malito?

Pero cuando abrió la puerta comprobó que no era Robbie, sino su padre.

—¿Qué quieres, Nick?

—Tengo que hablar contigo.

—¿Ahora? Si ni siquiera he tomado un café...

—Vamos a la cocina.

—No tengo mucho tiempo y...

—He roto con Patricia —la interrumpió Nick—. Le pedí que no fuera por ahí contando mentiras...

—Y eso es precisamente lo que ha hecho, claro —suspiró Abby.

—Sí, fue al café de George y le contó a todo el mundo que tú y yo nos acostábamos juntos mientras estaba prometido con ella.

—¡Pero será...!

—Todo lo que quieras decir, sí. George te defendió, por supuesto. Pero quería decírtelo para que no te enterases en el pueblo.

—¡Espero que no se pase por el café porque no tengo la menor intención de ser amable con ella!

—Me parece muy bien.

—¡No necesito que des tu aprobación, Nick Logan! —exclamó Abby, saliendo de la cocina.

Nick seguía sentado a la mesa cuando Kate apareció en la cocina, a las seis y cuarto.

—¿Ya te has levantado?

—Me levanté temprano para hablar con Abby.

—Ah, ¿y le has contado lo de Patricia? ¿Qué te ha dicho?

—Se ha enfadado y ha salido corriendo. Pero no ha dicho nada sobre nosotros.

Kate le puso una mano sobre el hombro.

—Nunca pensé que diría esto, hijo, pero eres la persona más tonta que he conocido nunca.

—¿Qué?

—Pues claro que no ha dicho nada sobre vosotros. ¿Qué iba a decir? La última vez que estuvisteis juntos, tú la obligaste a marcharse a Cheyenne. ¿Qué va a pensar, que quieres casarte con ella?

—¿Y qué puedo hacer?

—Muy fácil: demostrarle que estás enamorado de verdad. Podrías pedirle que se casara contigo, pero... yo que tú no me acostaría con ella hasta que estuvierais casados. Os arriesgasteis una vez y mira lo que pasó.

—¡No me avergüenzo de Robbie!

—No me refería a eso, tonto. Pero después de lo que ha ido contando Patricia por ahí, si Abby se quedase embarazada antes de la boda...

—Ah, ya entiendo. De modo que tendré que cortejarla en público y no tocarla hasta que nos casemos.

—Eso es —sonrió Kate—. ¿Dónde vas, hijo?

—Al pueblo.

—Pero si no has desayunado todavía...

—Eso da igual. Tengo que ver a Abby.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro. No quiero perderla otra vez, mamá.

—¿Qué quieres, Nick? —preguntó Abby, con el cuaderno en la mano.

—Una vida contigo no estaría mal —contestó él.

Ella había empezado a anotar el pedido cuando se dio cuenta de lo que había dicho.

—Me temo que eso no está en el menú.

—Abby...

—O pides algo o tendrás que irte. Tengo otros clientes esperando.

—Muy bien. Huevos revueltos con beicon y tortitas con caramelo. Ah, y un café solo.

Abby se alejó a toda velocidad. Porque si no lo hubiera hecho habría acabado en sus brazos. La idea de que Nick la quisiera de nuevo... No, no podía ser. No podía hacerse ilusiones. Sólo había sido una broma.

—¿Qué te pasa, Abby? —le preguntó George.

—Nada, nada. Sólo necesito un minuto.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, estoy bien —contestó ella, intentando sonreír.

Pero no estaba bien. Quizá nunca más estaría bien.

Nick seguía en su mesa después de desayunar. Había tomado dos tazas de café, pero estaba esperando su momento. Y seguía allí cuando Kate llegó a trabajar.

—¿Sigues aquí?

—Esperando para hablar con Abby.

—Hijo, nunca te había visto así. ¿Por qué no hablas con ella de una vez? Aunque no sé si hacerlo en público es buena idea.

—Pero tengo que convencerla de que la quiero...

—Yo no digo nada. Pero recuerda que Abby toma sus propias decisiones, como tú.

—Eso es lo que me da miedo —murmuró Nick, mirando a Abby, que acababa de pasar a su lado—. Es como si fuera invisible. Ni me mira siquiera. Aunque le he contado que he roto con Patricia.

—¿Y por qué va a pensar que la quieres a ella? ¿Le has dicho algo?

—No, bueno... Me ha dado miedo.

—¿Y crees que ella no tuvo miedo cuando descubrió que estaba esperando un niño? Pues ahora te toca a ti pasar por eso.

—Sí, ya lo veo —suspiró él, levantándose—. Me voy al rancho. Tengo que marcar unas reses. Al menos eso lo sé hacer.

Por el rabillo del ojo Abby vio que Nick salía del café. Se le había pasado por la cabeza que quizá, después de romper con Patricia, Nick habría pensado en un futuro con ella. Pero no, debía de haberse equivocado. Otra vez, como cinco años atrás.

Cuando volvió al rancho con Robbie, el niño saltó del coche a toda velocidad.

—¿Puedo ir a jugar con Bebé?

—Sí, claro —murmuró Abby, distraída—. Pero ponte la chaqueta.

—¡Sí, mamá!

Abby entró en la cocina, suspirando.

—Hola, cariño.

—Hola, Kate. Oye, ¿podrías quedarte con Robbie mientras yo llevo nuestras cosas al piso de George?

—¿De verdad tienes que irte? Nick ha roto con Patricia...

—No puedo quedarme, Kate. Es mejor que me vaya. Cuanto antes.

Nick por fin había trazado un buen plan. O eso creía. Al menos tenía dos cómplices, George y su madre. De modo que se puso en acción: colgó una colcha tapando una parte del café, como si fuera un reservado, y colocó un mantel de lino sobre una de las mesas. La mejor vajilla de su madre, la mejor cubertería. Como toque final, un ramo de flores silvestres en un jarrón y dos velas.

Nick dio un paso atrás para observar su trabajo. Sí, estaba muy bien.

—¿Qué ocurre ahí? —oyó que preguntaba alguien.

Nick asomó la cabeza por encima de la colcha.

—Estoy preparando una cena romántica.

—¿Para Patricia Atwell?

—¡No, para Abby! —contestó una de las camareras.

En el bolsillo Nick llevaba otra sorpresa. La había comprado en Pinedale esa mañana. Abby no era como Patricia, que siempre quería lo más caro, fuese elegante o no. De modo que había comprado un anillo que demostraba cuánto quería a Abby y

que, además, sería de su gusto.

—Abby acaba de salir del rancho —le dijo una de las camareras, asomando la cabeza en el reservado—. Acaba de llamar tu madre.

—Muy bien, gracias. Ya está todo preparado, creo.

Nervioso, Nick se estiró la camisa y abrió una botella de vino, que dejó sobre la mesa. Quince minutos después, cuando la camarera le hizo una seña, salió por la parte de atrás para subir al apartamento. La encontró sentada en un viejo sofá, que seguramente sería de segunda mano, con los ojos llenos de lágrimas.

—Abby, ¿qué te pasa?

—¡Nick! ¿Qué haces aquí?

—Había pensado que podíamos cenar juntos. No has cenado todavía, ¿verdad?

—Pues...

—Venga, Abby —sonrió él, tomando su mano—. Tienes que comer algo. Si no comes, no podrás trabajar.

—Pero... estoy hecha un asco.

—Tú nunca estás hecha un asco. Además, sólo voy a verte yo.

—¿Qué?

—Ya lo entenderás.

Cuando bajaron al café y Abby vio lo que había preparado se quedó helada. No podía creerlo.

—Pero esto... es precioso, Nick. ¿Ésa es la vajilla de tu madre?

—Sí, me la ha prestado para esta noche.

—Pero si es su favorita...

—Yo también soy su favorito —sonrió Nick.

—¿Y qué hace aquí esta colcha?

—Como George no tiene reservados... me ha parecido la mejor solución.

Ella miraba la mesa, las flores, las velas.

—Pero todo esto...

—Todo esto es para decirte que te quiero, Abby. No sabía cómo hacerlo. No sabía qué hacer para que me creyeras.

Ella lo miró entonces, dubitativa.

—¿Lo haces por Robbie? ¿Porque me llevo bien con tu familia?

—¿Tienes que preguntar eso?

—Sí, Nick, tengo que preguntarlo. La última vez pensé que nos casaríamos, pero...

—La última vez fui un completo idiota. Y por eso me he perdido cinco años de tu vida y de la vida de mi hijo —suspiró él—. Y no quiero que eso vuelva a pasar. No quiero perderme ni un solo día más.

—¿Ya no estás enfadado conmigo?

—¿Enfadado? Estoy loco por ti, Abby. Tan loco por ti que tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomarte entre mis brazos y hacerte el amor aquí

mismo...

— ¡Nick!

— No, ya sé que aquí no. Pero sí en mi cama, cuando estemos casados.

— ¿Esta vez estás seguro?

— Absolutamente —murmuró él, tomando su mano—. La última vez también lo estaba, pero pensé que era mi deber cuidar de mi familia. Esta vez voy a hacer lo que me pide el corazón. Quédate, Abby Stafford. Quédate y cástate conmigo... y hazme el vaquero más feliz de Wyoming.

Abby tuvo que sonreír. Aunque sus ojos estaban llenos de lágrimas.

— Sí.

— ¿Lo dices de verdad?

— Claro que sí, tonto.

Nick sacó una cajita del bolsillo. Con manos temblorosas, la abrió y le mostró el anillo de compromiso.

— Esto es para ti, cariño mío —muscitó, inclinándose para buscar sus labios.

El momento habría sido privado si no hubiera estallado una salva de aplausos al otro lado de la colcha.

— En fin, quería que estuviéramos solos, pero...

— Me parece que hemos creado una nueva tradición en Sídney Creek: el rincón de George —rio Abby, apoyando la cara en su pecho—. Deberíamos apartar la colcha y celebrarlo con todo el mundo.

— No, aún no.

— ¿Aún tenemos cosas que discutir?

— Sí, esto —murmuró Nick, inclinando la cabeza de nuevo para besarla con toda su alma. Después de todo, aquel beso tenía que durarle hasta después de la boda.

Se casaron dos semanas después. Ninguno de los dos quiso esperar más. Después de todo, ya habían esperado cinco largos años.

Abby apareció en la iglesia con un precioso vestido blanco, más guapa que nunca. Robbie iba a su lado, con un trajecito de chaqueta. No entendía muy bien qué era todo aquello, pero estaba feliz... y guapísimo. Era el niño más guapo del mundo.

Kate y Julie actuaron como damas de honor y Mike fue el padrino. Nick sabía que eso le haría ilusión a su madre.

Todo el pueblo de Sídney Creek estaba invitado a la boda.

Abby miró a su marido mientras bailaban después del banquete.

— Hace cinco años no creí que pudiese haber un final feliz para nosotros.

— Yo no lo habría creído hace dos semanas —rio él.

— La boda ha sido maravillosa, Nick. Todo lo que había soñado.

— Pues espera hasta esta noche —bromeó su marido, besándola en el cuello.

—Que nos están mirando, tonto.

—Que miren. Sólo estoy besando a mi mujer —rio Nick, buscando sus labios.

Robbie reía, encantado de la vida.

Y todo el pueblo lo celebró.

Fin